



JAN HUTTON

Ella y el asesino



Título del original, en inglés:
SHE AND THE KILLER

DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN, Madrid, 1962
PRINTED IN SPAIN



AMARO GARCÍA, 17. Tel. 239 20 07
MADRID-5

N.º Rgto. 3.999.—1962
DEPÓSITO LEGAL: M. 15.022.—1962

JOSÉ RUIZ ALONSO - Impresor - Quiñones, 2 - Tel. 224 86 81 - Madrid

I

EL defecto de Dwigh era ése. Bueno, más que un defecto, su debilidad. Le gustaban demasiado las chicas. No una determinada, como resulta normal en los hombres, sino cualquier chica, todas las chicas.

Tenía su método. El mejor para él, naturalmente, que rara vez le fallaba. Porque cuando una no daba el resultado apetecido, Dwigh buscaba otra sin dejar que el polvo se adhiriera a sus zapatos.

Dwigh era viajante de comercio. Y esa profesión ayudaba mucho a que Dwigh cultivara su «afición».

Dwigh era de esa clase de hombres que sienten temblor en las rodillas ante un buen ejemplar con faldas. Si el ejemplar era de esos que nos colocan los ojos en la nuca al paso de la bombón, Dwigh se olvidaba hasta de su nombre. En tales casos solía decir, a modo de excusa, que una buena docena de lagartijas revoltosas le mordisqueaba la espina dorsal.

En las pequeñas ciudades de los Estados Unidos hay así de chicas que se aburren y sueñan con Hollywood.

El método de Dwigh, basado en ello precisamente, era tan efectivo como sencillo. Cualquiera puede advertir cuándo una muchacha se pasa los días soñando con algo que la libere del mortal aburrimiento, del ambiente en que vejeta año tras año. El viajante había llegado más lejos aún. Le bastaba una ojeada para advertir cuáles de las chicas de una reunión se encontraban en ese estado propicio. Llegaba a un sitio, no importaba cuál, miraba en torno y sabía, a los pocos minutos, cuántas ingenuas de aquella especie había allí.

Después, resultaba de lo más fácil hacerlas creer que era él, y ningún otro más que él, era la persona que iba a sacarlas del medio

en que se morían de aburrimiento.

La joven de aquella tarde se llamaba Velma, contaba veintidós años y tenía todo lo necesario en ella para enamorar al príncipe azul con el que soñaba.

Dwigh la descubrió en seguida. Y le gustó. Menos experiencia que un zapato recién estrenado, tanta belleza como cualquier maniquí famoso, seguro que la joven era deliciosa. Decididamente le gustaba. Y decididamente se acercó a ella, abriéndose paso entre las parejas que llenaban la pista de baile.

Ella volvió la cabeza sintiendo que la miraban. Y se encontró con un hombre joven, bien trajeado, con todo un caballero que diría quien no supiera calar la clase de pájaro que era él.

Los veintidós años de Velma refulgían en sus ojos cuando él sonrió inclinándose hacia la joven para pedirla que bailaran. Ella contestó con una sonrisa, le dijo de esa forma que sí, que se moría, o poco menos, por bailar.

Todas las tonterías que dijo Dwigh en los minutos siguientes estaban dichas por un forastero. Eso produce su efecto. Sobre todo en un corazón devora-sueños como el de Velma.

Además tenía una voz suave y agradable y unos ojos penetrantes. Y bailaba maravillosamente bien.

Velma pensó pronto que la gustaría enamorarse de un hombre así. Asintió, presa de la mirada masculina, cuando él sugirió que podían divertirse mejor en cualquier otro sitio que en aquél, donde más de una docena de personas estaban pendientes de los menores movimientos de la pareja.

Media hora escasa después de haber entrado al local de baile, Dwigh Parker salía de él, pero acompañado por Velma.

Fuera había un coche esperándolos, el suyo, lo suficientemente lujoso para que todavía el viajante ganara puntos en el ánimo de la joven.

La cogió del brazo, suavemente, para llevarla hacia el cacharro reluciente, y la preguntó, casi al oído:

—¿Dónde quieres que vayamos?

La sentó junto al volante antes de que ella contestara. El dio la vuelta al morro del vehículo para colocarse a su lado. Y se la quedó mirando, al fondo de los ojos femeninos, en espera de sus palabras.

Había un sitio delicioso, el Aurora Club, el mejor de la

población. No lo dijo, pero se podía leer en sus pupilas que ella, al igual que casi todas las jovencitas de Salina, rabiaban por entrar en el Aurora.

Dwigh dijo apenas arrancó:

—Es una pena que una chica como tú pierda el tiempo en este agujero.

Podía haberlo tomado a mal, pero ella sonrió, con cierta tristeza en los ojos, como si el hombre que la acompañaba acabara de averiguar la gran verdad de su juventud, la gran verdad de su secreta amargura.

Lo de sugerirla qué él tenía amigos en la Meca del cine vendría después, como argumento de peso cuando ella empezaras pensar que su acompañante era un fresco.

—Yo sé lo que es eso —deslizó Dwigh en los oídos de Velma—. Yo también me crié en una pequeña población.

Le iba a costar que la chica se confiara del todo. Lo comprendió al ver que no contestaba a sus palabras. Pero el gesto de su rostro era bastante elocuente; era incluso revelador de que, como en docenas de casos semejantes, él no había equivocado el método y la estaba causando una cierta impresión.

El Aurora era, en efecto, un lugar lujoso, a juzgar por su aspecto exterior. Un marco, pensó el fresco, adecuado a sus propósitos de pasar una tarde agradable.

Se apeó del coche antes que Velma y la abrió la portezuela para que ella bajara. Al hacerlo, la cogió la mano, se la retuvo cuando ella estuvo ya en el suelo.

»Ingenua como un bote», volvió a pensar al darse cuenta de que se ponía colorada.

Dwigh se comportó como un hombre acostumbrado a los ambientes selectos cuando entraron en el Club. Ella, por el contrario, parecía hallarse algo violenta, como si no estuviera hecha a semejantes sitios.

El interior del local no desmerecía en absoluto de su buena presentación exterior. Todo allí resultaba confortable, acogedor. Incluso las luces, que apenas si llegaban a las mesitas distribuidas en torno a la pista de baile.

Nada tan fácil como dejarse envolver por un ambiente de esos quien no se halla acostumbrado. Todo, dentro de sitios así, resulta

más fácil, más propicio.

El viajante se dijo que había acertado con el lugar elegido por ella misma. Bastaba verla la cara.

Dwigh pidió *champagne*.

—Para celebrar nuestro encuentro —dijo, mirándola a los ojos al levantar la copa como si brindara por ella.

Velma no estaba acostumbrada a esa clase de bebida. Pero se tomó la primera copa. Pensó negarse a tomar la segunda, pero la seguridad de que aquel hombre elegante la tomaría por una tonta pueblerina la obligó a aceptarla. Y la tercera. Y la cuarta...

Cuando salieron del Aurora estaba anocheciendo. Velma estaba algo mareada, de sueños y de *champagne*. Pidió que la llevara a casa. Él dijo que sí, que naturalmente que sí.

Dwigh empezó a contarla que era un hombre de grandes relaciones sociales, que tenía amigos influyentes en todos los sitios debido a que había viajado mucho. Dejó caer la palabra Hollywood con el mismo efecto que alguien podría conseguir arrojando una bandeja de sándwiches entre un batallón de hambrientos.

La pobre chica tenía casi los ojos en blanco, de admiración, cuando el granuja torció hacia Oakdale Park, una masa de oscuridad en el atardecer.

Velma empezaba a estar realmente mareada. El viajante seguía vertiendo en sus oídos frases halagadoras, toda una serie de veladas promesas sobre su porvenir, ahora que se habían conocido.

Sólo cuando paró el vehículo, ella pareció despertar, de pronto, del sueño en que se hallaba sumida.

Miró, extrañada, a lo que la rodeaba. Un bosque. Árboles y soledad. Y un hombre, un desconocido, que se inclinaba hacia ella con los ojos brillantes.

Velma reaccionó con brusquedad. Dio un empujón a Dwigh, abrió la portezuela y se bajó del coche rápidamente.

El sinvergüenza gruñó algo y se dispuso a impedirla escapar.

Se lanzó tras ella, encolerizado por su fracaso. Iba a ver aquella palurda tonta quién era él.

Velma corrió al darse cuenta de que empezaba a perseguirla, con la fuerza que sus veintidós años defraudados daban a sus piernas. El viajante con la que le daba la rabia. Ninguna de sus conquistas había terminado de forma tan humillante.

La chica le llevaba cierta ventaja, pero comprendió que la alcanzaría debido a sus tacones, que la impedían desarrollar al máximo la carrera.

Se paró, durante unos segundos, para desprenderse de ellos. Ni siquiera se preocupó por sujetarlos en la mano mientras se lanzaba de nuevo a correr. Los dejó allí, en medio de uno de los paseos.

Cuando llegaba a la salida del parque, la de Penn Avenue, dejó de oír los pasos que la perseguían.

Pese a ello no se paró. Estaba demasiado asustada para hacerlo o para que se confiara.

A aquellas horas la avenida estaba solitaria. Algunos vehículos pasaban más allá atravesándola desde Gypsun Avenue.

Velma siguió corriendo, hasta que tuvo que pararse sintiendo que su corazón la estallaba dentro del pecho, sin aliento, incapaz de hacer un esfuerzo más.

II

NO tenía dentro la suficiente rabia como para exponerse a un disgusto. Y fuera del parque, cualquier agente que pasara por allí casualmente podría dárselo si le sorprendía molestando a una mujer.

Por eso retrocedió en cuanto ella llegó a la salida.

Era su primer fracaso en mucho tiempo y le escocía en el orgullo tanto como lo hubiera hecho una bofetada en público.

Mientras regresaba al coche, lanzó toda una sarta de maldiciones. No estaba acostumbrado a que le ocurriera lo que le había pasado con aquella chica, demasiado lista para sus granujerías. Lo que más sentía eran los dólares que le costara el Aurora Club.

Diablos, de haber sabido aquello...

Tropezó con algo y volvió a soltar un taco. Al agacharse, para ver de qué se trataba, soltó la carcajada. Los zapatos de la joven.

Se los llevó hacia el coche, arrojándoles dentro al llegar. Tenía que pasar varios días en Salina y acaso volviera a ver a Velma. En cuyo caso, la devolución de aquellos zapatos tendría un precio.

Se dispuso a meterse en el coche para irse del parque. Antes, con la portezuela ya abierta, encendió un cigarrillo.

Estaba pues situado de espaldas a los árboles. Emitió una breve risita pensando que sí podría perjudicar a la chica que le defraudara minutos antes. En las poblaciones pequeñas siempre existe una forma de hacerlo. Dwigh era un auténtico canalla y se estaba ya divirtiendo con sus pensamientos. Podía sugerir que anduvo con ella. Simplemente eso. Y Velma no estaba en condiciones de negarlo de una forma efectiva, puesto que docenas de personas les habían visto juntos, primero en el salón de baile donde la conoció, después

en el Aurora Club.

Todavía vibraba su risita en el gran silencio del parque cuando percibió el ruido de los pasos detrás de él. Unas pisadas ahogadas por la hojarasca que alfombraba los paseos. Apenas unas pisadas. Casi, solo, el roce de unos pies sobre el suelo.

Se volvió.

Un bulto había surgido de entre los cercanos árboles, irguiéndose ante él.

Dwigh Parker no tuvo tiempo para formular la pregunta obligada. Un fogonazo surgió de la mano del bulto. El viajante sintió apenas la mordedura del balazo en pleno pecho. Fue proyectado hacia atrás por el impacto, contra el coche. Giró sobre sí mismo, intentó asirse a la portezuela y cayó sin lograrlo.

Estaba muerto. El asesino de Dwigh Parker se limitó a arrojarlo sobre el asiento delantero del vehículo.

Luego miró en tomo. Nada que pudiera hacerle sospechar que había sido visto. En cuanto al disparo lo efectuó con silenciador.

Durante muchos minutos, media hora casi, el asesino se expuso a ser sorprendido, sobre su víctima, registrando a Dwigh Parker y el coche, minuciosamente. Cuando desapareció, por fin en la oscuridad de la noche, una mueca de contrariedad matizaba sus facciones no había encontrado lo que buscaba.

Quedaba la chica. Mal asunto para ella. La Policía encontraría el cadáver del viajante y, dentro de su coche, los zapatos de Velma. De eso a acusarla del crimen no había más que un paso.

III

FUE Velma, precisamente, la que salió a abrir la puerta.

El agente conocía a la joven. ¿Quién no conoce a sus vecinos en una población tan pequeña como Salina?, y se llevó los dedos a la gorra.

—Tengo que hacerte unas preguntas, Velma —dijo.

Los ojos de la muchacha no demostraban que se hallara tranquila en aquellos momentos. Aunque el agente se dijo a sí mismo que tampoco resultaban los de una persona que trata de ocultar algo, un crimen por ejemplo.

Como ella siguiera allí plantada, sin decirle que pasara, acaso demasiado sorprendida, o asustada, el agente Wellton añadió:

—Será mejor que entremos.

Ella se apartó a un lado de la puerta para que el policía pasara al interior.

—¿Están tus padres? —inquirió aún Wellton.

Movió la cabeza afirmativamente la muchacha Y señaló con la mano al interior de la casa.

—Preferiría que habláramos a solas —dijo él.

Velma volvió a asentir y condujo al agente hacia una pequeña habitación, *living*-biblioteca modesto, cerrando la puerta cuando los dos estuvieron dentro.

No le preguntó el objeto de su visita. Un oscuro y extraño presentimiento parecía ensombrecer su corazón. Desde el día anterior, desde, el momento en que salió corriendo y sin zapatos del parque Oakdale se notaba nerviosa, como presa de una vaga sensación de culpabilidad y angustia.

El agente sacó una cartulina de su bolsillo, una fotografía. Se la tendió a la joven.

—¿Reconoces esos zapatos, Velma?

No había animosidad en su voz. Era un hombre paternal que se limitaba a cumplir con su deber, tal vez a regañadientes por tratarse de ella, de una muchacha a la que conocía hacía muchos años.

Velma abrió la boca. Pero ni una sola palabra surgió de ella. El presentimiento ponía ahora como una garra en su pecho.

Por segunda vez en aquellos minutos movió la cabeza en una afirmación muda.

—Alguien los reconoció —aseguraba Wellton—. Dijo que eran los tuyos.

Ella lo había admitido ya. No contestó esta vez. Wellton bajó la voz como si temiera que pudieran oírle los padres de la joven.

—Tienes que acompañarme. Ya sabes... rutina. Te harán unas cuantas preguntas...

Velma salió de la casa, acompañada por el agente, sin oponer la menor resistencia. Estaba asustada y sorprendida, sin que no comprendiera aun lo que ocurría realmente.

Fuera les esperaba un coche, en el que llegaron, a los pocos minutos, a la División de Policía de la población.

El agente Wellton la condujo por varios pasillos, hasta pararse ante la puerta de un despacho.

Dentro de la habitación había tres hombres. Dos de ellos vagamente conocidos de la muchacha; el tercero con aire de forastero, desconocido para Velma.

Los vio desde fuera, sin que diera el primer paso hasta que el agente la empujó con suavidad.

Los dos policías de Salina se levantaron al entrar la joven en el despacho; el tercero de ellos permaneció sentado, mirándola fijamente, y con un cigarrillo entre los labios.

Lo primero que vio Velma, ya dentro del despacho, fueron sus zapatos sobre una de las dos mesas que ocupaban la pieza.

No hubo saludos. El teniente Seaver, uno de los que se habían levantado, condujo a la muchacha hacía cualquiera de las sillas.

Velma tenía los labios entreabiertos. Bajó la mirada cuando la del teniente pareció clavarse en sus pupilas. Estaba evidentemente bien asustada.

Wellton se hizo a un lado, demostrando que su parte en aquello había terminado. La joven comprendió que ahora tendría que

contestar a las preguntas de los otros hombres.

El teniente Seaver encendió un cigarrillo sin dejar de mirarla. Se inclinó hacia ella.

—Encontramos este par de zapatos en un coche, esta madrugada. El vehículo estaba en el parque Oakdale. Alguien reconoció los zapatos como pertenecientes a usted. ¿Qué puede decirnos de eso?

Velma tuvo que hacer un esfuerzo para empezar a hablar. No había nada alarmante, todavía, en su situación.

Era el presentimiento, el mismo que no la había casi dejado dormir, el que la impidió hablar entonces.

Wellton, el agente que la conocía bien, dijo:

—Está asustada, teniente.

El teniente Seaver sonrió.

—No se trata sino de una rutina. Necesitamos que colabore con nosotros. En cuanto la hagamos unas preguntas, y conteste a ellas, la dejaremos volver a casa.

El tercero de los hombres que estaba ya en el despacho cuando entró Velma, sacó un paquete de tabaco y encendió un nuevo cigarrillo. Era mucho más joven que los dos policías de Salina y muy distinto a ellos. Había algo en él que imponía, su frialdad tal vez, el azul grisáceo, metálico de sus ojos, que la miraban sin insistencia pero con cierta fijeza.

El teniente Seaver iba a comenzar de nuevo cuando ese hombre se incorporó de la silla que ocupaba.

Creyendo tal vez que pensaba interrogarla él, Seaver esperó. Pero el joven anduvo hacia uno de los ventanales del despacho y volvió la espalda a la escena para mirar, en apariencia distraídamente, hacia la calle.

El capitán de detectives Heindenry, el otro que conocía también de una forma vaga, de haberle visto en algún sitio, habló por primera vez.

—Tal vez sea necesario decirle la verdad, Seaver.

Se trataba, en realidad de una orden. Seaver lo comprendió así y aspiró aire como si le costara trabajo cumplirla.

Volvió a inclinarse hacia Velma.

—Bien, muchacha; la verdad es que ese hombre fue asesinado anoche.

La noticia, emitida así de sopetón, la obligó a abrir los ojos mientras su barbilla temblaba.

—¿Fue... fue ase... sina... do?

—Exactamente eso. Alguien disparó contra él, matándole. Esta mañana, un agente de la circulación se acercó al coche, extrañado de que permaneciera estacionado allí. Y se encontró con el cadáver. Encontró también ese par de zapatos.

Desde aquel momento, para Velma el interrogatorio fue como una especie de pesadilla. Estaba, terriblemente asustada. Ni siquiera se dio cuenta de que una nueva persona entraba en el despacho y comenzaba a tomar nota taquigráfica de sus contestaciones.

Contó, con detalle, todo lo referente a su breve conocimiento del hombre de la tarde anterior. Ni siquiera proponiéndoselo hubiera estado en condiciones de mentir.

Su declaración, pese a que fue completa y sincera, no llenaba a los hombres que la estaban escuchando. Podía verse en la forma que tuvieron, en varias ocasiones, de cambiar sus miradas.

El de la ventana, indiferente al parecer a la escena, no perdió una sola de las palabras que se pronunciaron dentro del despacho mientras Velma estuvo prestando su declaración.

Fumó en ese espacio de tiempo, tres, cuatro cigarrillos, encendiendo cada uno con la colilla del anterior.

Vuelto de espaldas a la joven y a los policías de Salina, su rostro expresaba una cierta gravedad.

Fue al final, cuando el taquígrafo guardó su bolígrafo, acabado el primer interrogatorio, cuándo ese hombre giró sobre sus talones, avanzó hacia el empleado y arrebató, aunque con suavidad, sus notas de manos de éste.

El capitán y el teniente se le quedaron mirando sin comprender el súbito interés que demostraba por la declaración de la joven, cuando parecía haberse desentendido del asunto durante todos los minutos anteriores.

Pero no dijeron nada. Esperaron simplemente a que acabara de leer la declaración de Velma.

Hecho lo cual, devolvió las notas al taquígrafo y habló por primera vez.

—Es suficiente —dijo—. Ella puede marcharse.

De esa forma tan sencilla tomaba las riendas del caso, sin que

todavía ella pudiera sospechar siquiera quién era. Tenía una voz suave aunque muy firme, baja pero autoritaria, de persona perfectamente acostumbrada a mandar.

Volvió la cabeza hacia Velma, como si fuera a hablarle. Debió pensar otra cosa, ya que, de pronto, se dirigió a ella.

La miró, desde muy cerca, sin animosidad en las pupilas, penetrantes la mirada capaz, pensó Velma, de llegar al fondo de la mente de cualquier persona a la que mirara de aquella manera.

—Es necesario que no se asuste —dijo—. Y que me prometa una cosa.

Velma no supo qué contestar. No despegó los labios, aunque se dio cuenta de que debía decir cualquier cosa entonces, contestar a lo que era en labios de aquel hombre una especie de pregunta.

—¿Me lo promete? —insistía él.

No la había revelado qué clase de promesa la estaba pidiendo. Ella, no obstante, asintió con un ademán de cabeza.

—Es necesario, de todo punto necesario, que no hable con nadie de lo ocurrido anoche. Por otra parte, la prensa de Salina no publicará la menor noticia sobre la muerte de ese hombre. Usted debe callar, sea quien sea el que trate de sonsacarla.

Con un ademán señaló el despacho.

—Salvo que seamos nosotros, naturalmente —terminó con una sonrisa que hacía mucho más atractiva la seriedad de su rostro.

—Yo... yo, en fin, haré todo lo posible por ayudarles —tuvo que hacer, Velma, un esfuerzo para que la voz surgiera de su garganta.

—Buena chica —dijo él. Y la cogió la barbilla entre los dedos, en una especie de caricia fraternal.

Velma enrojeció hasta la raíz del cabello, inexplicablemente, antes de que la soltara.

Se apartó de ella, siempre con su sonrisa, una sonrisa fuera de serie, una de esas sonrisas demasiado atractivas que sólo poseen los hombres que sonríen en muy contadas ocasiones.

El teniente Seaver se había apoderado de las notas del taquígrafo. Dijo, como si hablara para el desconocido de la muchacha:

—Tardarán cinco minutos en pasar esto a máquina. Después podrá irse.

Se refería a la firma que ella tendría que estampar al pie de su

declaración.

El joven se encaró con Seaver y negó con la cabeza, añadiendo:

—No es necesario ese trámite. Puede marcharse ya.

Seaver estuvo a punto de replicar algo, pero debió recordar que era el otro quién mandaba en aquel asunto. Devolvió las notas al taquígrafo y ordenó:

—Que archiven eso.

Velma se había levantado. El teniente hizo ademán de tomar su brazo para ayudarla a salir del despacho. Se le adelantó el joven y la condujo hacia la puerta. Incluso salió con ella al pasillo.

El agente Wellton estaba allí, sin duda esperándola para acompañarla de regreso a casa.

—Espérenos abajo —dijo el joven—, por favor.

Velma empezaba ya a preguntarse quién era aquel hombre al que los policías de la ciudad obedecían sin la menor resistencia, aquel hombre que parecía alguien de cierta importancia.

Cuando el agente desapareció por las escaleras que llevaban a la planta baja, el joven soltó su brazo. Aún tenía que decirle algo, al parecer. Fijó en ella nuevamente la mirada, obligándola a bajar la cabeza.

—Me gustaría mucho que pudiéramos hablar más despacio, usted y yo —fueron las palabras.

Velma alzó la cabeza, para mirarle con extrañeza. Él no parecía una persona que necesitara el asentimiento de nadie para imponer su voluntad.

El joven debió adivinar el pensamiento que cruzaba la mente femenina ya que se inclinó hacia ella y dijo, suavemente, íntimamente:

—Me gustaría que fuéramos amigos.

Aunque a continuación demostró que ella tenía razón en pensar lo que pensaba. Cuando dijo:

—Iré a la tienda donde usted trabaja. Tal vez podamos salir juntos.

Velma no supo qué contestar. No sabía, ahora, si pensar mal de la audacia que demostraba aquel hombre o sentirse halagada por su ruego.

—Yo... pues...

La estrechó la mano antes de que Velma pudiera inclinarse por

una negativa y la empujó hacia el ascensor.

Demostró su educación al abrir la verja y hacerse a un lado para que ella pasara primero. Y abajo, cuando la acompañó fuera del ascensor hasta dejarla en manos del agente Wellton.

Cuando Velma salió de la División, camino de su casa en compañía del agente, iba pensando en aquel hombre, sin siquiera proponérselo.

IV

PESE a que trataba de engañarse a sí misma, Velma tuvo que reconocer que se había pasado el día entero pensando en él, en que vendría a buscarla con la excusa de una representación de discos.

Estaba ya pensando que no acudiría a la cita cuando le vio bajarse de un coche descapotable de *sport*, un «Chevrolet Corvette» color guinda que debía valer bastante dólares.

Ni siquiera demostró conocerla cuando entró en la tienda, portando bajo sus brazos dos grandes carteras con sus muestrarios.

Las compañeras de Velma la admiraban ya son los ojos, era realmente un buen ejemplar de hombre, un ejemplar difícilmente «cazable», cuando el joven dejó sus carteras sobre uno de los mostradores y se inclinó hacia la chica que servía aquella parte del negocio.

La guiñó el ojo, de una forma deliciosa y sin mala picardía, al tiempo que hablaba en voz baja:

—Soy viajante, muñeca, y me dan miedo los cascarrabias. ¿Qué tal jefe tenéis aquí?

La chica estuvo a punto de soltar la carcajada.

—Difícil venderle. Fácil si se toma con él un barril de cerveza. Dinero a cubos.

El representante se echó para atrás, como si se dispusiera a meditar las condiciones puestas al descubierto del hombre a quien intentaría vender su mercancía.

—¿Cómo se llama, encanto?

La chica rebotó satisfacción.

—Mi nombre es Merrill —dijo—. Y aceptaría un convite de un caballero si es de verdad caballero.

Esta vez fue el quien sonrió. Pero no ofensivamente, al aclarar:

—¿Él, se llama?...

Un tenue rubor subió a las mejillas de Merrill. Que estaba dotada del sentido del humor quedó demostrado cuando soltó la carcajada al darse cuenta de su desliz.

Contestó casi atragantándose de la risa:

—Míster Connor...

El joven representante la pellizcó la barbilla, igual que hiciera con Velma y se fue en busca del propietario.

Como si oliera su presencia, éste apareció detrás de su barriga cuando el recién llegado husmeaba por allí, entre los discos puestos a la venta.

Míster Connor hacía tres cosas, habitualmente, con los viajantes de comercio: olfatearles, despreciarlos y tratarlos con algo menos de la corrección debida. Acusó porque los mirara desde su altura de propietario de un establecimiento floreciente.

Clavó en el joven su mirada cargada de aburrimiento y se dijo, al instante, que no le conocía ni tenía demasiadas ganas de perder un rato de charla con él cuando era ya poco menos que la hora de cerrar y dedicarse a la cerveza mezclada con ginebra.

El joven avanzó hacia él sin las carteras. Un segundo antes de que la actitud del dueño del local le parara, había sacado ya su tarjeta de visita, que tendió hacia Connor.

Ocurrieron dos cosas. Una, naturalmente, que Connor bajó la mirada hasta la cartulina blanca. La otra que cambió, de pronto, la ceñuda expresión de su rostro al ver lo que tenía escrito la tarjeta.

Aunque tardó un par de segundos más de la cuenta en abrir sus labios y decir, y no precisamente con el habitual desprecio:

—Pase, joven. Tendré mucho gusto en charlar de negocios con usted.

El falso viajante miró hacia atrás, al mostrador donde dejara su muestrario.

Y míster Connor batió el record de amabilidad al alzar la voz y pedir:

—Merrill, por favor, el muestrario del señor.

Las chicas pensaron que el dueño del local se había vuelto una dama, de pronto, y sufría los mismos efectos que ellas cuando miraban al representante de aquella tarde.

Merrill atrapó las dos carteras y corrió con ellas, radiante de

satisfacción, pensando sin duda en el convite que la iba a hacer en cualquier momento aquel joven fuera de serie.

Apenas salió Merrill, la puerta del despacho de mister Connor se cerró tras sus pasos.

Las dependientas cerraron la tienda y se pusieron a esperar a que terminara el dueño.

Cuando los dos salieron del despacho, finalmente acompañado el representante por Connor estaban reunidas y callaron de golpe.

Connor causó la sorpresa del grupito al dirigirse hacia ellas.

—Tengo el gusto de presentaros a mister Sasso.

—Ralph para los amigos —añadió él con una sonrisa capaz de motivar un tumulto entre aquella reunión de faldas.

—Mister Sasso —continuó el dueño del negocio— quisiera conocer algo de nuestra pequeña ciudad. Él mismo me ha rogado que pida a una de vosotras que le acompañe...

Se produjo el tumulto entre las dependientas. Bueno, casi. Merrill dejó que su mirada, radiante y triunfante, abarcar con orgullo al resto de sus compañeras.

Pero fue la del propio Connor, cuando se dirigió hacia Velma, la que estuvo a punto de causar un desastre de desilusión.

—Velma, ¿te importaría acompañar esta tarde a mister Sasso?

La tonta (según pensaron el resto de sus compañeras) enrojeció al decir que bueno, que sí, con voz incapaz de ser oída a más de dos pasos.

Pasó a arreglarse y salió minutos después, ya vestida de calle, deliciosa, precisamente, por el embarazo que sentía ante su acompañante.

El resto de las dependientas vio que la pareja montaba en el «Corvette» *sport* de Ralph y el joven ponía en marcha el coche.

Fue Velma la que rompió el silencio, con una pregunta obligada:

—¿Quién es usted en realidad?

Había vuelto hacia él la cara y Ralph Sasso la sonrió, turbándola al mirarla igual que se mira a un objeto de precio.

—¿Por qué me hace esa pregunta? —quiso saber innecesariamente.

—Mister Connor. Es la primera vez que vemos que trata con cierta corrección a un viajante de comercio. Algo inaudito para todas nosotras.

—Ha tenido que ser así —dijo él—. En las tarjetas que me he hecho para venir a Salina se me ocurrió poner: Ralph Sasso. Inspector de ventas de la casa Fontana.

—Eso lo explica, desde luego —admitía Velma—. Pero ¿es verdad?

—No, desde luego que no. A usted no puedo mentírla. Usted me vio junto al capitán Heindenry. ¿Qué tendría que hacer todo un jefe de Fontana en la vulgar División de Policía de una pequeña población?

No había aclarado su personalidad verdadera. Y ella no insistió, al pensar que tal vez él no quisiera revelársela. Él había hablado anteriormente, en la Policía de la conveniencia de que volvieran a verse, sin duda para el mismo desagradable asunto que la llevó a ella a presencia del teniente Seaver y el capitán de detectives Heindenry.

—¿La importaría que fuéramos a mismo sitio donde estuvo usted con ese hombre, al, cómo se llama..., al Aurora Club?

Ella no contestó. No la agradaba recordar aquella tarde desgraciada. Pero no se atrevió a negarse.

Ralph conocía el camino. Salieron de Salina despacio y tardaron cerca de media hora en llegar ante el Club.

Ralph Sasso no demostró que tuviera prisa por hablar del motivo de aquella entrevista, o supo disimularlo. Porque, apenas ocuparon una mesa y pidieron unas consumiciones, la sacó a bailar.

Las primeras frases, fueron, naturalmente, intrascendentes, de pura cortesía o de buen humor por parte de él. La hizo en pocos minutos, olvidarse de la preocupación que la roía el ánimo desde veinticuatro horas antes y la llevó a la mesa, al acabarse la pieza, riéndose Velma de sus ocurrencias.

Sacó su paquete de cigarrillos y la ofreció uno. Luego, acercó a ella su mechero, de plata, un recuerdo de Europa.

Ralph arrojó al aire la primera bocanada y se inclinó sobre la mesa, los dos codos sobre ella, de forma que quedara su cara mucho más cerca que antes de la de la joven.

—Es necesario que hablemos —dijo.

Había muerto su sonrisa y una luz fría, de eficiencia y voluntad, animaba ahora sus pupilas.

Clavó en ella la mirada cuando dijo:

—No soy viajante de comercio. En realidad pertenezco al F. B. I.

Velma no pudo evitar que un gesto de sorpresa asomara a sus facciones. Había esperado cualquier cosa del misterioso hombre que la acompañaba, pero no aquello.

—¿La sorprende?

Asintió ella moviendo la cabeza.

—Mi nombre es el que di a míster Connor. Pero mi trabajo, el que he venido a realizar a Salina, no tiene nada que ver con la venta de discos.

Ella esperó que siguiera explicándose. La romántica entrevista con Ralph Sasso había perdido ya su encanto. Ahora se trataba de un trabajo, de una tarea que adivinaba desagradable, tal vez incluso peligrosa. Sin poderlo evitar, pensó en el otro forastero, en el que conoció el día antes y que ahora estaba muerto. Un escalofrío recorrió su espalda.

—El capitán Heindenry no la contó toda la verdad —añadía el agente especial—. Fue algo que yo mismo me reservé hasta que pudiera verla a usted personalmente.

Con aquellas palabras quedaba explicada la extraña actitud de Sasso en el despacho de Policía.

—¿Ahora me la va a decir usted? —Pudo ella hablar al fin.

—Me temo que no tenga otro remedio.

Velma arrugó la cara. Las últimas palabras de Ralph no eran un cumplido para ella.

Él advirtió lo que pensaba la muchacha. Esbozó una sonrisa, no la sonrisa deliciosa de antes, y dijo:

—Perdone.

—Por favor continúe.

—Dwigh Parker, el hombre que fue asesinado anoche, el que estuvo en este local con usted, tenía que entrevistarse mañana conmigo. Mi llegada a Salina, hace dos días, tenía por objetivo una serie de entrevistas con él. Se efectuó la primera sin que ocurriera nada. El mismo día de mi llegada.

Velma seguía sin comprender lo que él estaba empezando a explicarla. Su gesto lo demostró así.

—Dwigh Parker debía entregar el domingo un paquete en Kansas City. Viajaba hacia la capital del estado con esa misión

aparente y haciéndose pasar por viajante de comercio, su verdadera profesión en realidad. Ahora bien, la mercancía a entregar en Kansas City me la entregó a mí antes de ayer. Yo, después de efectuar ciertos cambios en ella, debía devolvérsela mañana.

—¿Dónde... dónde entro yo?... —se atrevió a preguntar Velma.

—Usted ha pasado a ser una pieza vital en el rompecabezas, Velma. Sin que siquiera pudiera sospechar la importancia que tenía al encontrarse casualmente con Parker.

El cigarrillo de la muchacha se consumía sobre el cenicero. Demostró su nerviosismo, ella lo tiró sobre el mantel al ir a cogerlo.

—Cálmese, por favor —pidió él—. A mi lado todo resultara en cierto modo fácil. Deme un margen de confianza y poder explicarla lo que ocurre.

Ralph llamó al camarero y pidió una repetición de lo que ya habían tomado. Cuando el empleado se alejó, volvió a inclinarse hacia ella.

—El problema está en que era de todo punto necesario que yo devolviera ese paquete a Dwigh Parker.

—La persona que le mató, ¿buscaba esa mercancía?

—No puede explicarse de otra forma lo ocurrido. Alguien conocía el asunto, aparte de nosotros, el

F. B. I.

Y decidió apoderarse del paquete de la única forma posible, matando al que lo llevaba a Kansas City.

Algo de la verdad asomaba, aunque turbante aún, a la mente femenina. Una acusación contra ella misma. Tal vez, Ralph Sasso estaba intentando acusarla de la muerte violenta de Dwigh Parker.

Velma envaró el cuerpo. Creía haber entendido en la División que aceptaban como verdadera su declaración de lo que pasara la tarde anterior.

—La persona que mató a Parker debe ignorar que éste tenía dos actividades últimamente. Una como confidente del Federal Bureau of Investigation. La otra, la suya normal, como agente distribuidor de billetes falsificados a través de varios Estados. Ese paquete contenía unas planchas, las más perfectas planchas que se hayan hecho hasta el momento en los Estados Unidos para la falsificación de billetes. Dwigh Parker fue descubierto por los agentes del Tesoro hace cierto tiempo. Los

T-men

llegaron a un acuerdo con él. Su libertad a cambio de que trabajara para ellos. Al presentarse este caso que afectaba al

F. B. I.,

los muchachos del tesoro nos pasaron a Dwigh Parker.

La llegada del camarero interrumpió la revelación del agente especial. Cuando se quedaron solos nuevamente, Ralph continuó.

—Dwigh Parker trasladaba las planchas a Kansas City, sin que ni él ni nosotros hubiéramos podido averiguar todavía quién ha sido el técnico que las grabó. No podíamos hacer nada hasta averiguar eso. Nos limitamos, en consecuencia, a dejar que siguiera el juego, vigilando de cerca a los miembros de la organización que conocemos por medio de Parker y esperando que llegue el momento de descubrir al grabador de las planchas.

—¿Tanta importancia tiene ese hombre?

—Más, mucha más que la falsificación en sí. Esta podemos cortarla en un momento determinado, en el que nos interese, puesto que conocemos su organización. El grabador, cortada la tirada de los billetes, puede, en cualquier otro sitio del país, iniciar otra nueva serie, con el único trabajo de volver a demostrar que es un artista de primera.

—Pero usted dijo que Dwigh Parker le había entregado esas planchas.

—Claro. Yo vine acompañado a Salina de dos técnicos. Su trabajo ha consistido en introducir una reforma en esas planchas, una variación en el dibujo, que pase desapercibida para los hombres que van a manejarlas. Una vez conseguido ese pequeño cambio, yo tenía que devolver a Dwigh Parker las planchas y él seguir viaje a Kansas. De esa forma, nadie habría sospechado la verdad y los billetes saldrían al mercado ya marcados para nosotros.

Velma empezaba a comprender todo el asunto. Por otra parte, resumiéndolo resultaba mucho más fácil de lo que pensara. Se trataba, simplemente, de que el

F. B. I.,

quería esperar hasta averiguar quién había hecho el trabajo de grabación, perfecto según el propio Ralph Sasso. Introduciendo una variación en el grabado para poder, gracias a ese cambio, controlar la distribución de los billetes y cortarla en un momento dado.

Velma osó resumirlo en palabras, para estar segura de que comprendía, ya perfectamente, el complicado asunto.

Ralph volvió a sonreír. Y dijo:

—Exacto. Y aquí es donde entra usted.

Esta vez fue Velma la que se inclinó hacia el hombre del

F. B. I.

Realmente interesada en lo que él iba a decir entonces.

Antes de seguir la ofreció el segundo cigarrillo, que ella aceptó.

—Caben dos teorías en lo ocurrido ayer —dijo Ralph—. Una que la propia organización haya logrado averiguar el doble juego de Parker y, en consecuencia, que le hayan matado por eso, pensando, como es natural, que tenía en su poder las planchas.

—¿La otra?

Ralph abrió las manos, mostrando el vacío de sus palmas.

—La otra, simplemente que no haya sido la organización quien disparara contra Parker.

—¿Quien, entonces?

Se encogió de hombros el agente federal.

—No lo sé. Y conste que el trabajo se complicaría enormemente de ser cierta esta segunda posibilidad.

No cabía, en la mente de Velma otra explicación que la que dio al preguntar:

—¿Alguien que quisiera robarle?

—No. Dwigh Parker podía llevar una cierta cantidad de dinero encima, una cantidad corriente. El examen del cadáver y del coche demuestran que la persona que lo mató perdió, varios minutos en registrarle y en registrar el vehículo. Si buscaba el dinero de Parker hubiera sacado, lógicamente, su cartera. No hizo eso. Lo registro todo, al parecer, en busca de las planchas. Miró debajo de los asientos, en los forros de plástico, en todos los sitios donde podían estar las planchas.

Durante algunos minutos ninguno de los dos rompió el silencio. Ralph parecía haberse entregado a sus pensamientos. La muchacha se encontraba nuevamente desconcertada, sin que acudiera a ella la menor sugerencia. Naturalmente que no estaba acostumbrada a resolver mentalmente casos de esa complicación.

Dijo de pronto Velma:

—Usted aseguró antes que ahora entraba yo. ¿Qué quiso decir

con eso?

—Partiendo del supuesto que el que mató a Parker, sea de la organización traicionada por él, sea cualquier otra persona, no sabía que el

F. B. I.,

yo concretamente, había recibido las planchas, la única persona que puede tenerlas en este momento es usted.

El razonamiento del agente especial hizo que Velma enrojeciera súbitamente, que abriera la boca, en un mudo gesto de sorpresa.

—Yo... yo... ¿no pensaré?...

Sus palabras, entrecortadas, vacilantes, arrancaron una sonrisa del hombre que la miraba con fijeza.

—No hablo de mi teoría, de lo que pueda yo pensar sobre el asunto. Estoy refiriéndome al pensamiento del hombre que mató a Parker y buscó las planchas sin encontrarlas. Lógicamente, ese hombre estuvo vigilando, acaso durante toda la tarde, a Parker. La única persona que estuvo con él usted, usted precisamente como bien sabe.

El calor que empurpuraba las mejillas de Velma se convirtió, también de golpe, en algo parecido a un frío mortal. Palideció.

Había comprendido perfectamente lo que él quería decir, lo que dijo.

La falté un punto para comenzar a llorar. Estaba asustada.

—Cálmese, Velma. Siento haberla revelado eso con tanta crudeza. He pensado que sería mejor para usted misma conocer la verdad desnuda.

La joven volvió la cabeza y miró en torno. Ahora se daba cuenta de que en torno a ella se había cerrado una tela de araña, un peligro amenazándola, algo que presentía incluso allí mismo, en el selecto ambiente del Aurora Club.

—No cabe otra posibilidad —puntualizó Ralph—. Repito que lo siento, pero es así. La persona que buscaba las planchas al matar a Parker está ahora pensando que usted se apoderó de ellas antes de huir. O, simplemente, que él se las entregó a usted antes de que se separaran.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Lo sé. Puesto que soy yo quien tiene ahora esas planchas. Para mí no es agradable pensar que está usted en un peligro. Peligro

demasiado real para que podamos despreciarlo.

Los dedos de Velma, torpes, nerviosos, casi temblorosos tiraron el vaso casi lleno.

Él se levantó con presteza y limpió la mesa con una servilleta.

Cuando logró que la muchacha se calmara dijo:

—Siento también que haya algo más, Velma. Algo que no se puede evitar. Esos hombres, el capitán Heindenry, el teniente Seaver, el mismo agente que la trataba con tanto cariño, Wellton creo que se llama, no saben nada de lo que yo acabo de contarla. Para ellos se trata de un crimen que debe investigarse. Para ellos, todo el mundo es sospechoso, mientras cada cual no demuestre su inocencia. Y usted Velma, la persona en quien recaen el cien por cien de esas sospechas. La hubieran tratado de otra forma, mucho más ruda, más profesional, de no presentarme yo. Pero yo todo lo que pude hacer fue presentarme a ellos, identificarme y ordenarles que dejaran el caso en mis manos, sin una sola explicación más.

Velma se levantó, sin saber en realidad qué la impulsaba a hacerlo. Su rostro expresaba el temor, un temor que él captaba ahora en cada uno de sus gestos.

—Lléveme a casa, por favor —rogó, repitiendo—: Lléveme a casa.

Ralph arrojó un billete sobre la mesa y la cogió del brazo para atravesar la sala.

Fuera era ya de noche. Las luces de Salina se alzaban a lo lejos. El resto era todo oscuridad.

Ella sintió frío, no de la tarde. Frío de ese miedo, de lo que atenazaba una garra en su garganta.

Ralph la ayudó a subir al coche.

La velada que ella se prometiera deliciosa había resultado de una amargura intensa para da joven.

El coche arrancó con suavidad. Y él dijo:

—Yo estaré a su lado, Velma. Se lo juro. Haré cuánto me sea posible para que no la ocurra nada.

La joven volvió la cara hacia el agente especial, intentando sonreírle con agradecimiento. Pero Ralph pudo notar que tenía los ojos llenos de las primeras lágrimas.

—¿Qué haré? ¡Dios mío! ¿Qué haré?

Ralph soltó una mano del volante y la pasó por los hombros de

Velma. Se sentía enternecido por su terror, por su ingenuidad al no haber sospechado que una trampa se había cerrado sobre ella la tarde anterior cuando aceptó la compañía de Dwigh Parker.

Ella le dejó hacer. Hay momentos en que una mano amiga puede consolarnos mejor que todas las palabras.

—Los dos hombres que me han acompañado a Salina están ya protegiéndola, Velma. Desde que salió usted esta misma mañana de la División. Y son dos buenos agentes, dos federales. Y estoy yo. ¿No confía en mí?

Sin otro ánimo que el de consolarla, Ralph la atrajo contra su pecho, suave amigablemente.

—Ellos me matarán... —Fue todo lo que acertó a exclamar Velma.

—Bueno, chiquilla, falta mucho todavía para eso —intentó bromear.

Velma hizo esfuerzos por contener las lágrimas. Estaban entrando en Salina cuando él la ofreció su pañuelo para que secara sus ojos.

La llevó, sin necesidad de que ella diera la dirección, hasta su misma casa.

—Pero..., ¿usted sabía? —se extrañó ella.

—Nosotros tenemos que saber muchas cosas, Velma. A veces demasiadas cosas.

Se apeó él primero, para abrirla la portezuela de su lado. Y la cogió la mano, que ella no retiró al hallarse ya fuera del «Corvette».

La puerta del chalet que habitaba Velma con sus padres estaba al otro lado de la acera.

Sin soltarla los dedos, como hubiera hecho con su propia novia, la llevó hasta allí.

—Tiene que prometerme algo, Velma.

Parecía titubear. Ella esperó el ruego.

—Tiene que prometerme dos cosas. Una, que llamará a este teléfono, a cualquier hora del día o de la noche, inmediatamente, si llegara a estar en peligro. La otra que no dirá nada a nadie, absolutamente a nadie, de lo que hemos hablado esta tarde.

Velma asintió con la cabeza. Y, de pronto, cuando desprendió su mano de los dedos del agente especial, acercó su cara a la de él y le dió un beso, suave, cariñoso, de amistad, de confianza.

Porque él era, lo supo de pronto, la única persona en el mundo que podría ayudarla en aquellos momentos.

Como avergonzada por lo que había hecho, Velma corrió hacia la puerta, sin volver la cabeza.

Ralph permaneció allí unos minutos aún, mientras, al encender un cigarrillo, al parecer casualmente, echaba un vistazo en torno.

V

VELMA sentía una extraña opresión en el pecho cuando cerró la puerta y se paró, sin dar un paso más hacia el interior del chalet. Algo que venía del hombre que había dejado fuera, del beso que le dio inexplicablemente, sin que ella misma se diera cuenta de que lo iba a hacer, sin saber que lo hacía hasta que sintió la ligereza de sus labios rozando los del agente especial.

Tenía el rostro inundado de rubor cuando cerró la puerta y se apoyó en ella, henchido el pecho por algo semejante a la emoción.

—¿Por qué había hecho eso? ¿Qué pensaría ahora de ella?

Su corazón, que latían aceleradamente, se fue calmando. Respiraba, poco a poco normalizada. Movié la mirilla, con mucha lentitud para que Ralph Sasso no advirtiera desde fuera su maniobra. Y aplicó la cara a la madera para verle a través de esa mirilla.

El agente especial seguía allí, estaba en aquel momento encendiendo un cigarrillo.

Velma no se movió, ni quitó la vista de la mirilla hasta que él retrocedió hacia el coche, montó y lo puso en marcha.

Unos segundos después, desaparecía del trozo de calle abarcado por la mirada de Velma.

La joven se dirigió hacia el fondo de la vivienda, hacia su propia habitación. No quería que la vieran entonces sus padres, con el rostro encendido, agotado el pecho, con evidentes muestras de haber atravesado una fuerte emoción.

Se imaginó que sus padres estarían viendo la televisión en el «*living*», como todas las tardes a aquella hora.

Se dio cuenta de que tenía todavía en la mano la cartulina que pusiera Ralph entre sus dedos. Bajó la vista hacia la tarjeta de

visita.

Era la misma que mostrara a mister Connor cuando se presentó en el comercio de discos. La que le hacía pasar por un inspector de la casa Fontana. A mano, en un ángulo de ella, Ralph había añadido un número de teléfono.

Se dijo que ese hombre, Ralph, había entrado ya en su corazón, sin que pudiera explicarse en qué justo momento ni por qué.

Estaba en el pasillo todavía. Y tenía que pasar ante la puerta cerrada del «*living*».

Entonces más que nunca deseó estar sola. Su carácter, soñador, acaso debido a la edad, la obligaba entonces a desear la soledad donde pudiera examinarse a sí misma, examinar el fondo de su corazón, ver qué la había pasado para que ahora, al cerrar los ojos, el rostro de Ralph Sasso apareciera como grabado en su retinas.

Anduvo sobre las puntas de sus pies para que sus padres no pudieran oír al pasar ante esa puerta.

Un detalle la extrañó. No oía la televisión. Y, sin embargo, su padre hubiera cedido antes la cena que su sesión de la tarde, el programa precisamente de aquella hora, una novela del Oeste que televisaban durante la presente semana.

Se paró, pensando que tenía que haber ocurrido algo para que él abandonara el programa.

No logró captar el menor de los ruidos. Un silencio sepulcral que parecía reinar dentro de la casa.

La certidumbre de que ocurría algo anormal, algo fuera de la rutina diaria de su hogar, aceleró los latidos de su corazón.

Pensó en él, en Ralph, pero de una forma distinta ahora, sintiendo que él podría ayudarla, que era el único que podía ayudarla si, como estaba temiendo, pasaba algo.

No tuvo tiempo para llegar a tener miedo. La puerta ante la que había estado a punto de pasar de puntillas se abrió súbitamente, con brusquedad.

Un hombre, un desconocido, apareció enmarcado en el hueco.

Velma tuvo que hacer un esfuerzo para echarse hacia atrás, para girar sobre sus altos tacones, intentando ganar de nuevo el pasillo, para correr hacia la salida del chalet.

El desconocido curvó sus labios en una mueca. Saltó hacia ella antes de que la joven pudiera llegar a más de una docena de yardas.

Velma oyó los pasos precipitados que corrían tras ella. Quiso gritar de terror, sabiendo que ese algo impreciso que la amenazaba había, al fin, estallado, estaba allí, detrás de ella, dándola alcance.

Pero su garganta, presa de una garra de angustia, sólo acertó a emitir un ahogado susurro inarticulado, nada en realidad.

Se sintió cogida por la rudeza de dos manos brutales, que la hicieron girar en redondo. Vio, entonces, un rostro contraído. Cinco dedos se clavaron en su mejilla, arrojándola hacia atrás.

Por segunda vez, quiso gritar y consiguió, solo, sentir como el alarido de alarma, su petición de socorro, quedaba estrangulado en su garganta.

El hombre cayó sobre ella, la tapó la boca con una mano, fuertemente, y la arrastró hacia el sitio del que saliera, hacia el «living».

Velma empezó a patalear, intentó arañarle la cara.

Él quería, ante todo, más que protegerse de sus zarpazos, impedir que gritara.

Las uñas de la joven se llevaron un trozo de la piel de su mejilla. Pero estaban ya ante la misma puerta.

Los dos pies de Velma parecieron clavarse en el marco.

Tiró de sus piernas, brutalmente, arrancándola los zapatos y casi rompiendo sus articulaciones. De un envite la metió dentro y cerró la puerta con su pie el bruto.

La había sobado. Velma cayó al suelo, sollozando. Al levantar la cabeza vio dos piernas, rígidas, plantadas ante su cara.

Y más allá a sus padres, atados cada uno a una silla y con mordazas en sus bocas. Toda la habitación había sido registrada a fondo, mostraba un total desorden.

No necesitaba Velma preguntar quiénes eran los hombres que estaban allí, los dos desconocidos. En su mente giró en torbellino lo ocurrido aquella tarde con Ralph Sasso. Todo lo que él la aseguró, las explicaciones de lo que rodeaba a la muerte de Dwigh Parker.

Uno de los dos desconocidos, precisamente el que la metiera a la fuerza en la habitación, se acercó a su compañero, le apartó con la mano y se agachó para cogerla de un brazo y obligarla a levantarse.

—Nadie diría que tú eras capaz de eso —pareció hablarse a sí mismo al contemplar la cara de inocencia de la joven, matizada entonces por el miedo.

Velma buscó las miradas de sus padres. En otro momento se habría reído de la expresión de él. Se le veía casi radiante. Para él, ávido lector de novelas policiacas y del Oeste, empedernido espectador de los seriales televisados, aquello, lo que le estaba ocurriendo, no era sino una aventura de verdad, una aventura de carne y hueso.

Ninguno de los dos extraños había vuelto a despegar los labios. Uno de ellos se acercó de nuevo a Velma, con una larga cuerda en la mano. El otro se limitó a encender un cigarrillo.

El primero ordenó:

—Date la vuelta, hija.

Lo de hija era sin duda una forma de decir. No parecía posible que aquel hombre, de facciones rígidas, endurecidas, pudiera saber lo que significaba esa palabra.

Velma no se movió de cómo estaba.

—Vuélvete, o te desmorono —amenazó él.

La misma contestación, de inmutabilidad, por parte de la muchacha. Los dedos del animal cayeron sobre su brazo. La retorció la muñeca hasta que ella giró sobre sus pies ahora descalzos.

En un segundo, la tuvo atada de manos. Sin duda no pensaban quedarse allí, a juzgar por la orden que dio el mismo que acababa de clavar la cuerda en su carne:

—Sal tú. El coche de esos polizontes está en la otra calle. Dale un buen tajo a cualquier rueda. Consigue, además, que dejen libre la salida.

Velma recordó que Ralph la había asegurado que algunos de sus hombres, concretamente los dos agentes del

F. B. I.,

que le acompañaban, estaban ya vigilándola a ella para que no pudiera pasarla nada. A esos dos tenía que referirse el desconocido con sus palabras.

—Será mejor que lo planeemos bien —opinaba el otro.

El primero de ellos echó un vistazo a los tres habitantes de la casa. Los padres de Velma no estaban en condiciones de hacer nada. En cuanto a ella, lo más que podría entonces era gritar.

El fulano sacó un pañuelo de su bolsillo, la obligó a morderlo y ató ambos extremos detrás, en su cuello.

Los dos desconocidos salieron de la pieza. Sólo regresó uno de

ellos, el mismo que la atara, el que la metió de un bestial tirón dentro del «*living*».

Se dirigió primero a su padre y le cortó las ligaduras de los pies. Hizo lo mismo, a continuación, con las piernas de la madre.

—Será mejor para ustedes que procuren estarse quietecitos en los próximos minutos —advirtió.

No bromeaba. Aquel hombre tenía todo el aspecto de «desmoronar», como solía decir, a cualquiera si ese cualquiera se empeñaba en darle guerra.

El padre de Velma estiró sus piernas, incluso se permitió unas flexiones estilo atleta. Para él, aquello debía de seguir siendo una verdadera aventura, algo emocionante con lo que tal soñara más de una vez.

No les quitó las mordazas. Y les empujó hacia la puerta. Debía de haber coordinado con su compañero una acción determinada para sacarlos de la casa, mientras los dos permanecieron fuera del «*living*».

Velma estaba pensando. Sin temor ya. Como si hubiera sabido sobreponerse a la primera impresión de auténtico terror cuando se apoderó de ella el malhechor. Como si adivinara que su actuación, cualquiera que fuera, iba luego a ser estudiada por Ralph, como si la importara entonces, más que otra cosa, mucho más que cualquier otra cosa, la opinión que Ralph formara de ella.

Ninguno de los tres opuso resistencia. El que les llevaba había sacado un revólver y les apuntaba a las espaldas con el arma.

Les obligó a pararse y esperar cuando llegaron ante la puerta de salida.

Al otro lado, en la calle, no se percibía otra cosa que el silencio.

El malhechor consultaba cada dos o tres minutos la esfera de su reloj.

Un disparo, dos, rasgaron el silencio de la noche, fuera del hotelito, cerca de allí.

Se produjo el ruido de carreras precipitadas, muy cerca también, aunque alejándose.

Y unos instantes después el frenazo impresionante de un coche ante la misma puerta del chata.

El malhechor empujó a los tres prisioneros después de abrir la puerta que daba al exterior.

Un coche se había parado, en efecto, ante el chalet. Un coche con el motor en marcha y todas las luces apagadas.

En menos de un minuto el trío atravesó el trozo que les separaba de ese vehículo.

—¡Corran, maldita sea! —chilló ahogadamente el que les empujaba sin contemplaciones—. ¡Corran, o les desmorono a los tres!

El que conducía el coche se apeó para ayudar a su compinche a meter, a los prisioneros, sin que se perdiera un solo segundo, dentro de vehículo.

Luego, arrancaron a velocidad. Las ruedas del coche chirriaron agudamente al dar la vuelta a la primera esquina, a toda la marcha que debía dar de sí aquel motor.

Uno de los forajidos, el que se metió en el asiento trasero con ellos, el mismo que les obligó a salir del chalet, miró hacia atrás a través del cristal.

Empuñaba su arma y un gesto de tensión y amenaza cruzaba sus labios.

—¡No se muevan ahora, o les desmorono! —Volvió con su desagradable cantinela.

No debían de estar seguros en absoluto sobre lo que habían hecho, sobre la forma de abandonar el chalet y alejarse de él, dada la cara que ponía ese fulano.

Una maldición brotó de sus labios un segundo después, cuando un nuevo coche apareció en escena, un coche que se lanzaba, también a bastante velocidad, hacia ellos, barriendo a los que huían con la luz de sus potentes focos.

Los ojos del forajido del asiento trasero amenazaron con salirse de las órbitas cuando vio al coche que se lanzaba en persecución del suyo. Giró la cabeza para inquirir, roncamente:

—¿Qué has hecho? ¡Te dije que cortaras las gomas! ¡Te desmorono!

Debía estar realmente asustado ya que dirigió el cañón de su revólver hacia adelante, hacia la cabeza de su propio compañero.

La voz del que conducía surgió tranquila de sus labios:

—Eso hice. Pero a mi manera. No dejé que el acero cortara hasta el aire el neumático. ¿No lo comprendes? De esa forma, les dejamos arrancar, y se la pegan mortal cuando corran a mayor velocidad.

Ni siquiera había vuelto la cabeza para contestar al que incluso amenazaba con meterle un plomo por la nuca.

El asustado debió comprender las razones de su camarada, ya que dejó de apuntarle a la cabeza y se dejó caer, a plomo, contra el asiento. Incluso se pasó la mano por su frente, cubierta de sudor. Había pasado un mal momento al pensar que el otro no llevó a efecto su orden de rajar los neumáticos del coche de los policías que vigilaban el chalet.

No habían salido aún de la siguiente calle cuando, tras ellos, se produjo lo que había previsto el chófer. Un estallido detrás, el chirrido impresionante de unos frenos, el estruendo de un encontronazo contra algo del coche que les perseguía.

—¡Sigue apretando! —ordenó, pero ya tranquilizado, el animal del asiento trasero—. No me sentiré seguro hasta estar a cien millas de esta maldita población.

El otro no podía apretar más el acelerador por la sencilla razón de que lo mantenía al tope, sorteando los obstáculos que aparecían ante el morro del coche que conducía.

—Calma, Chiko —pidió—. Hemos dejado a esos atrás, ¿no? Pues entonces. Cuando los demás polizontes quieran saber que nos largamos con la muñeca será demasiado tarde para ellos.

El llamado Chiko sacó dos cigarrillos, los encendió y puso uno entre los labios de su compinche.

Poco después, el chófer aminoró la marcha, al meterse por las vías frecuentadas de la ciudad. Aunque no atravesaron las principales, simplemente por prudencia.

Salieron de Salina por la ruta federal número 40, la que lleva desde allí a las cercanas localidades de Abilene y Junction City.

A un cuarto de milla escaso después de las últimas casas de Salina, el conductor frenó, arrimándose a la cuneta.

Permanecieron allí, en silencio y fumando, unos cuantos minutos, hasta que tuvieron la seguridad de que ningún otro vehículo les seguía.

Después emprendieron el viaje que había de llevarles a la capital del Estado, a Kansas City.

VI

RALPH Sasso montó en su coche de *sport*, exactamente como si diera por terminada aquella jornada. Lo condujo, despacio, hacia la salida de la calle donde estaba el chalet de los padres de Velma y dio la vuelta a la esquina fumando con tranquilidad el cigarrillo que acababa de encender.

Un centenar de yardas más allá, paró el coche, se apeó y retrocedió andando hacia la casa que acababa de abandonar.

Un bulto surgió a su paso antes de que llegara a la calle de la casa donde habitaba Velma. Ralph se paró y los dos hombres hablaron en voz baja.

—¿Ocurrió algo? —Inició él la conversación con una pregunta.

El otro, un agente especial también, asintió con un movimiento de cabeza.

—Están dentro —agregó.

—¿Cuántos?

—Dos. Han entrado hace más de media hora.

—¿Qué más?

—Nadie ha vuelto a salir del chalet. Debían estar esperando a la chica.

En los labios de Ralph había aparecido una sonrisa.

—Estrechad la vigilancia. ¿Os vieron esos dos al entrar?

—Al menos, hicimos lo posible para que así fuera. Puedo decir que sí, casi con toda seguridad que sí.

—Si os han visto, intentarán sacar a Velma cuanto antes. Dejaros engañar. De forma que vuelvan a tragarse el anzuelo.

—De acuerdo.

Ralph y el hombre que había salido a su paso se separaron nuevamente. El que estaba de vigilancia cerca del chalet de los

padres de Velma retrocedió hacia el sitio del que saliera. Ralph se dirigió otra vez hacia su coche.

Montó en él, pero ni siquiera encendió el motor ahora.

Sin dar las luces puso en marcha el aparato radio-emisor.

Un segundo después hablaba con el capitán Heindenry:

—Allo, capitán; allo, capitán. Sasso al habla. Corto.

—Allo, Sasso —llegó a él la voz del policía local—. Capitán Heindenry al habla. Corto.

—Orden inmediata. Coches preparados. Salidas todas. Dejadles pasar. Corto. Repita.

—Salidas de la ciudad vigiladas según orden. A la espera. Dejadles pasar.

—No se quite. Voy a darle dentro de unos minutos la matrícula. Corto.

Ralph desconectó la emisora y saltó del coche. Todo estaba perfectamente preparado para cuando los hombres que asesinaron a Dwigh Parker iniciaran la acción contra Velma.

Y ese hecho, previsto por él, no había tardado en producirse sino unas horas. La verdad era que Ralph esperaba eso, pero no con tanta rapidez.

Dio una vuelta a las calles cercanas, hasta encontrar el coche de los malhechores, aparcado cerca del chalet. Y se limitó simplemente, a tomar la matrícula.

Cuando regresó a su Corvette, volvió a comunicar con Heindenry y le dio esa matrícula.

A continuación encendió un cigarrillo, siempre con la precaución de las luces apagadas, y se dedicó a esperar.

No habían transcurrido muchos minutos cuando oyó los secos trallazos de dos disparos que rompían la gran calma de la noche.

Estaba esperando algo parecido, por lo que no se sorprendió de ello. Mejor aún, incluso dejó que una sonrisa curvara sus labios. Su compañero no se había equivocado al asegurarle que los dos hombres que vigilaban el chalet de los padres de Velma se habían dejado «descubrir» por los malhechores.

Cerca también, empezaron a sonar carreras. Precisamente las de sus dos compañeros. Luego, al instante, el ruido de un coche que alguien ponía en marcha, a velocidad, muy cerca de donde estaba Ralph esperando.

El hizo lo mismo con su coche cuando oyó, todavía, el ruido de otro vehículo que arrancaba. El de los dos agentes especiales que trataban de engañar a los malhechores.

Volvió a conectar la emisora para comunicar nuevamente con el capitán.

—Allo, allo. ¿Heindenry? Corto.

—Se inicia la cosa. Ponga atención a las próximas órdenes. Corto.

El fragor de dos coches lanzados ya a una carrera de velocidad llegó hasta los oídos del agente especial. No sabía el truco empleado por sus dos compañeros para burlar a los malhechores, pero arrancó, sin prisas, hacia la dirección por la que habían partido.

Un minuto después escuchó el estruendo de un cacharro al frenar con violencia e incrustar, a continuación, su morro contra un obstáculo.

Sólo entonces, él también apretó el acelerador. Divisó el automóvil de los agentes muy poco después, empotrado contra una pared.

No les había ocurrido nada. Cuando frenaba ante el coche siniestrado, sus dos compañeros saltaban de él, indemnes.

—Nos rajó una de las ruedas —anunció Alan Hoorke.

—Subid.

Joe Hughes miró hacia atrás, hacia el coche que acababan de estrellar contra la tapia de un jardín.

—Los de aquí recogerán ese cacharro, Joe. Sube también.

Los dos federales obedecieron montando en el Corvette *sport* de Ralph.

—Se han tragarlo el anzuelo como novatos —opinaba, Hoorke.

—Ni siquiera han llegado a sospechar nuestro juego.

—¿A quién sacaron de la casa?

—¡Diablos, no lo sabemos! —exclamaba Hughes—. Corrimos como gamos hacia el sitio donde uno de ellos se puso a hacer fuegos artificiales. Todo fue demasiado rápido después para que pudiéramos perder tiempo en entrar en la casa y comprobar eso.

—O. K., vale —aprobaba Ralph.

Encendió, ahora definitivamente la radioemisora.

—Allo, capitán; allo, capitán.

—Heindenry al micrófono. Escucho. Corto.

—Envíe un par de hombres al chalet de la muchacha. Que le comuniquen quién falta en él y qué hicieron los malhechores. Corto.

—De acuerdo, Sasso. Paso la comunicación. Informaré dentro de pocos minutos. ¿Qué hay de lo otro? Corto.

—Iniciada operación. Sin cambio de órdenes. No cierro el contacto. Espero. Corto.

Los agentes especiales encendieron cigarrillos. Ahora, sólo podían esperar los nuevos acontecimientos.

Las primeras noticias las recibieron unos cuantos minutos después, cuando todavía no habían acabado los cigarrillos. La voz del capitán surgió por el altavoz:

—Allo, Sasso. Allo, Sasso. Capitán Heindenry al micro. ¿Escucha? Corto.

—Sasso al aparato. Hable. Corto.

—Coche marca Mercury, furgoneta Colony Park Station Wagos, matrícula indicada. Subió por Front Street y torció en Pacific Avenue. Velocidad moderada sin duda para no llamar la atención. Corto.

—De acuerdo, siga la vigilancia y comunique cada cinco minutos. ¿Nada todavía del chalet? Corto.

—Nada aún, Sasso. Estoy esperando. Corto.

Ralph condujo el coche hacia el norte de la ciudad. La dirección tomada por los forajidos les llevaba, al parecer, a una de las salidas de la población. Ésa era, también, la teoría del agente especial.

—Se dirigen hacia la capital del Estado —dijo a sus dos compañeros.

—Tal vez salgan con esa dirección y cambien después. Acaso quieran estar seguros de que no dejan la menor huella tras ellos —opinó Alan Hoorke.

—Veremos.

En principio, Ralph estaba en lo cierto. Menos de cinco minutos después volvió a sonar la voz del capitán Heindenry por el altavoz de la emisora, para comunicarle dos cosas. Que el chalet de los padres de Velma no había absolutamente nadie y estaba todo patas arriba, como si se hubieran dedicado a registrarlo todo y que el Mercury al que mantenían bajo un cordón de vigilancia de patrulleros acabada de salir de Salina por la carretera federal número 40.

Ralph tardó algo en volver a establecer la comunicación con el capitán de la División de la ciudad.

—Salgo tras ellos, capitán —dijo—. Les seguiré hasta destino. Mantenga en todo momento el contacto conmigo y comunique como hasta ahora. Corto.

Unas ciento cincuenta millas de carretera, de buena carretera, si el vehículo en que llevaban Velma y a sus padres no torcía ruta y empezaba a dar vueltas. Podían llegar los forajidos a media noche, incluso antes, a Kansas City. Y allí todo podría complicarse. Allí estaba la organización que pensaba iniciar la falsificación de billetes.

Puesto que el juego se desplazaba hacia la capital del Estado, al menos eso pensaba Ralph Sasso, nada le retenía, ya en Salina. Por ello decidió seguir de cerca al coche de los raptos y estar presente, lo antes posible, en la baza que se iba a jugar allá.

No parecía equivocarse el hombre que dirigía al pequeño grupo de federales.

El paso del coche vigilado fue registrado en la primera de las localidades después de Salina, New Cambria. Y por Salomón. Poco después, el capitán comunicaba que los malhechores habían atravesado la población de Abilene.

Los *sheriffs* locales de cada sitio por el que pasaba el coche estaban ya colaborando en la operación.

Así ocurrió en Detroit y en Chapman.

Ralph cambió de táctica cuando se acercaban a Junction City. Ordenó a Heindenry que se pusiera al habla con la Policía de esta última ciudad y que fueran ellos, desde entonces, los que dirigieran la vigilancia del vehículo.

Más adelante, a medida que corrían hacia la capital del Estado, haría lo mismo, cambiando de esa forma el centro desde el que le radiaban las noticias. Quería estar completamente seguro de que no podrían escapar a su vigilancia los hombres que se habían apoderado de Velma.

VII

VELMA no estaba asustada. Había tenido tiempo para pensar. Y Ralph estuvo presente en cada uno de sus pensamientos que hilvanó en un viaje de dos horas largas hasta la llegada a Kansas City.

Ralph sabía al día siguiente que ella había desaparecido y se pondría a buscarla. En la mente Velma no cabía otra salida a la situación. Ni quería otra tampoco.

Los hombres que se apoderaron de ella apenas si habían despegado los labios durante todo el trayecto, limitándose a fumar cigarrillo tras cigarrillo y a beber de una botella de «*whisky*» que llevaban dentro del coche.

Estaba también su padre. Un caso en verdad. Un hombre que parecía alegrarse de lo ocurrido, un hombre que debía de considerar que lo ocurrido aquella noche, y lo que pasara después, era una bonita aventura semejante a las que daba la televisión, al ritmo de una o dos por semana.

La confusión creada en el ánimo de Velma, y en sus pensamientos, por las revelaciones del agente especial, no se habían desvanecido todavía. Acaso ni llegara a desvanecerse nunca. Era demasiado lío para ella la explicación que la dio sobre los motivos que acabaron con la vida de un hombre llamado Dwight Parker.

Una cosa quedaba clara, desde el primer momento, para ella. Que los que le asesinaron buscaban las planchas. Que esas planchas seguían en poder de Ralph y que todos, menos los agentes especiales, creían que era ella, precisamente ella, la que se había apoderado de esas planchas.

La iba a costar demostrar a aquellos hombres, a los que se apoderaron de ella, no hacía aún tres horas, que el material que buscaban no estaba en su poder.

Se dijo también, al llegar ahí con sus razonamientos, que ella no traicionaría jamás a un hombre como Ralph. En su mente, romántica como la de cualquier muchacha de veinte años, no entraba la posibilidad de perder la amistad de Ralph, su aprecio, por un acto tan vulgar como revelar a los forajidos que era él, él y nadie más, el que llevaba todos los hilos De aquello y que él, únicamente, tenía en su poder las planchas.

Entraron en Kansas City con toda tranquilidad antes de la media noche. La joven no conocía esa población y no pudo, por ello, darse cuenta de los sitios que recorrían antes de parar.

Ella bajó la primera, apenas lo hizo el que había conducido todo el tiempo la furgoneta. Detrás, bajaron sus padres y el otro malhechor.

Velma miró en torno.

Debían haber atravesado todo el núcleo de la ciudad, ya que estaban en pleno campo, rodeados por un gran silencio, por la soledad de una noche tibia, perfumada de primavera. Las luces que se alzaban a cierta distancia, una milla tal vez, algo más acaso, eran las de Kansas City.

Sin resistencia por parte de los raptados, les llevaron hacia la izquierda del camino.

Una densa arboleda parecía ser el fin del viaje. Sólo cuando llegaron a ella, y se internaron entre los árboles, Velma descubrió una casa, que se alzaba en mitad de esa arboleda.

Tampoco para sacarlos del coche, ni para llevarlos hacia ella, los malhechores habían despegado los labios.

Uno tenía la llave preparada cuando llegaron ante la puerta. La hizo girar dentro de la cerradura y empujó la puerta para que pasaran.

En la oscuridad interior, el padre de Velma, míster Bruce, emitió una ahogada risita al tropezar con cualquier cosa.

Cualquiera que no le conociera habría de tomarle por un cretino. No podía interpretarse de otra forma el que en semejantes circunstancias se estuviera divirtiendo como un mozalbete irreflexivo e Irresponsable.

Ninguno de los dos que conocían la casa dieron la luz hasta que uno de ellos hubo cerrado la puerta.

Velma tenía las piernas doloridas debido a la postura en que la

obligaron a hacer el viaje desde Salina. Su madre demostraba una angustia sin palabras, un miedo que nada ni nadie, entonces, sería capaz de atenuar.

Se encontraban en un «*hall*» de entrada destartelado. La casa, en su conjunto debía presentar un aspecto de total abandono.

—Vamos, dentro.

La voz del que les acompañara en los asientos traseros, no tenía ahora nada de amable. Velma captó perfectamente la sequedad de su acento al dirigirse con aquellas únicas palabras a ellos.

Bruce miró a los dos malhechores con una amplia sonrisa en los labios casi con una sonrisa de conmiseración. Acaso, pensó la muchacha, era cierto que su padre no tenía el menor asomo de responsabilidad, de serenidad, como aseguraban todos sus vecinos y sus amigos.

Era, en efecto, una casa de labranza abandonada, deshabitada. Las viejas paredes estaban sucias y había telarañas, a millares, por los techos.

Atento al parecer a «su gran aventura», Bruce se paró en mitad del «*hall*», mirando hacia todos los sitios.

La sonrisa no se borró de sus labios cuando uno de los malhechores se acercó a él, crispado súbitamente el rostro por una mueca de disgusto.

De un empujón le envió tras las dos mujeres, dando traspiés, a punto de tirarle al suelo.

—¡Dije que adelante! —Gruñó Chiko—. ¡Adelante, pues, o te desmorono!

Les condujeron hacia el interior de la vivienda. A una especie de cocina llena de trastos viejos y en desuso.

Algo debió llamar poderosamente la atención de Bruce ya que sus ojos se abrieron bajo el estupor.

Siguiendo su mirada, Velma descubrió un teléfono, un aparato completamente moderno, que desentonaba con todo el resto de lo que podía encontrarse allí.

Para su padre, aquello demostraba que la televisión no se salía de la raya de una perfecta normalidad cuando colocaba chismes como aquéllos casi hasta debajo del mar, o en la cumbre, de cualquier lejana montaña. Era, de verdad, un detalle inquietante en la aventura.

El compañero de Chiko se acercó al aparato, lo descolgó y colocó su cuerpo delante de la pared, de forma que los prisioneros no pudieran ver qué número marcaba a continuación.

Apenas debieron contestar a su llamada, tendió el micro al propio Chiko.

—Allo, jefe —habló éste, ahuecando la voz, engallándose como si la hazaña de atrapar a una chica de poco más de veinte años y a sus padres, dos indefensos como ella, mereciera figurar en una antología de las cosas difíciles—. Aquí les tengo.

Puso cara de lo que era, de cretino, mientras escuchaba con atención al situado al otro lado de la línea.

—No jefe —dijo a continuación—. Maldita sea, no. En la casa no estaba eso, ni en el hotel donde Dwigh Parker se había metido.

Tenía que estar hablando de las planchas. Velma sintió algo parecido a un escalofrío de excitación inesperado. ¿Empezaría a ella también a gustarle la aventura? ¿Sería, como su propio padre, un poco insensata?

No fue, seguro, Chiko el que colgó primero. A juzgar por su cara. Sino que le colgaron a él.

Cuando se volvió hacia su compañero, había arrugado el ceño y no parecía muy dispuesto «las bromas».

—El «boss» está enfadado —anunció a su compinche.

Reparó, de golpe, en que el rostro de Bruce era todo un, poema de satisfacción, enseñando sus dientes gracias a una sonrisa que le iba de un lado a otro de la cara.

Chiko tragó una tonelada de aire. Y su puño salió despedido contra el que parecía estarse riendo de él.

El golpe despidió a Bruce contra una de las paredes, contra la que chocó, deslizándose luego, desde ella, hacia el suelo.

La madre de Velma corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

Velma pensó que, pese a que a ella la había dolido el puñetazo, su padre estaba mereciendo eso desde que salieron de Salina.

—¡Vuelve a reírte y te desmorono! —le amenazó aún, por si pensaba levantarse, el bruto.

—Andando —se volvió hacia las dos mujeres.

El jefe de aquel grupo debía haberle ordenado que llevaran a algún sitio a los raptados y él se disponía a obedecer.

A Bruce le despabiló a cachetadas, aunque ni éstas ni el

puñetazo lograron enturbiar la absurda felicidad que parecía gozar el padre de Velma.

Subieron a la planta alta y fueron metidos en una habitación desnuda, sin otra cosa que suciedad en el suelo y desconchones de humedad en las paredes.

Chiko trajo una mesa desvencijada y un par de sillas. Los dos forasteros se pusieron a jugar a las cartas.

Velma se sentó en el suelo, al lado de su madre. Bruce se acercó, era definitivamente un humorista, a contemplar las incidencias del juego.

Los tres seguían con los brazos atados a la espalda, libres las piernas para que pudieran andar.

La espera no duró demasiado tiempo. Veinte minutos, media hora a lo sumo. Una figura humana apareció cuando había transcurrido ése, tiempo, bajo el dintel de la puerta.

Una sombra no habría hecho más ruido que el que hizo el recién llegado, para entrar en la casa y subir las escaleras hasta aquella planta.

La primera en ver al hombre fue precisamente Velma. Tal vez porque estaba esperando que llegara alguien, el misterioso jefe que decía Chiko.

Estaba preparada. Se había preparado en aquella espera paciente desde que se tumbó en el suelo para descansar las piernas doloridas por el viaje.

Estaba preparada aunque ni siquiera sospechaba cómo había de ayudar a Ralph Sasso. Sólo sabía, eso sí, eso con certeza, que debía ayudarle, que tenía que ayudarle en lo que ocurriera allí aquella noche.

Se había sabido sobreponer al miedo y al cansancio y deseaba que empezara lo que ella no podría evitar que ocurriera.

El recién llegado permanecía todavía en la oscuridad, oculto el rostro por las sombras, contemplando a los prisioneros cuando los dos captores levantaron sus cabezas hacia la puerta, como si acabaran de presentir la presencia del hombre que les pagaba.

Los dos se levantaron a un tiempo. Derribando uno la silla que ocupaba. Chiko envió hacia dentro de la pieza a Bruce que seguía delante de la mesa, mirando las jugadas.

El hombre que acababa de llegar no saludó siquiera a sus dos

secuaces. Entró en la pieza, fijo solamente en la joven, en Velma, que para él debía ser la clave de todo aquel asunto.

Ella vio a un hombre de edad madura, con cara de extranjero, tal vez de eslavo. Las hebras grises de sus cabellos le daban un aspecto bajo el cual nadie hubiera sospechado encontrarse con un delincuente, por alto que fuera el medio en que se movía fuera de la Ley.

Se paró al llegar ante Velma.

—¿Ésta es la chica? —preguntó innecesariamente.

Chiko debía de tener en el grupo una cierta categoría superior a la de su compañero.

Contestó él:

Una pregunta, seca, surgió nuevamente de los labios del jefe:

—¿Por qué no la interrogaste allí sobre la mercancía, Chiko?

Antes de contestar, el rufián movió los ojos, como si le sorprendiera mucho lo que le preguntaba aquel hombre.

—La orden era traerla y mirar bien en la casa. Si no estaba allí lo que buscamos, teníamos que ver la habitación del hotel. Usted no habló de que la presionáramos.

Era una forma de recordar al jefe del trío las órdenes que diera a sus secuaces.

—Levántala —ordenó aquel hombre.

Velma comprendió que había llegado para ella lo más difícil. Pero en su ánimo estaba el recuerdo de Ralph Sasso, presente en su corazón aquel beso inesperado, sorprendente, que le dio al despedirse horas antes ante la puerta del chalet.

Cuando Chiko se inclinaba hacia ella, para obligarla a ponerse en pie, ella misma lo hizo, aunque con un esfuerzo debido a su postura en el suelo.

—¿Para quién trabajas? ¿Dónde escondiste las planchas?

Velma se dijo que debía tomarse el tiempo suficiente después de cada pregunta para meditar sobre ellas antes de contestarlas.

Esta vez no lo hizo.

Se dio cuenta de que el verdadero efecto de las palabras de aquel hombre lo sufrían sus padres. Ella, la madre abrió los ojos, los convirtió en platos, por el tamaño, y dejó escapar de su pecho algo que podía considerarse como un hipido de sorpresa. Su padre no abrió de ninguna forma los ojos. Hizo lo que tenía que haber hecho

todo el tiempo, dejar de sonreír. Las preguntas «¿Para quién trabajas? ¿Dónde escondiste las planchas?» encerraban todo un mundo de posibilidades.

Miró a Velma, como si, de pronto la muchacha hubiera crecido para él hasta convertirse en una persona gigante; como si, por ejemplo, se encontrara sin haber podido sospechadlo ante una heroína, una chica que destilaba sangre de su sangre, aventurera y valiente como él.

El hombre al que los otros dos, Chiko sobre toda, llamaba jefe, clavó su mirada en las pupilas de Velma.

—Puedo hacer que te arrepientas de haber nacido amenazó. — Puedo torturarte hasta que aúles de dolor; puedo quemarte viva, o hacerte sufrir hora tras hora.

Bruce sonrió por ella, como si dijera de esa manera, en silencio pero con la mueca de sus labios, que su hija, ahora que «trabajaba para alguien», ahora que «estaba metida en algo gordo» no se iba a dejar intimidar por un bravucón como el de los cabellos grises.

Velma hubiera contestado. Pero no sabía cómo hacerlo que no perjudicara a Ralph. Ésa era su única preocupación.

Por segunda vez, las preguntas brotaron de los labios del jefe, parecidas a trallazos en el silencio que reinaba dentro de la casa:

—¿Dónde has metido las planchas? ¿Quién te ordenó que te apoderaras de ellas? ¿Cuánto te han dado por el trabajo?

Una luz amenazadora se estaba, formando en el fondo de sus ojos.

Por segunda vez, los labios de Velma permanecieron como cosidos.

Chiko avanzó de pronto hacia ella, levantó la mano para golpearla. La iba a «desmoronar», seguro.

Los dedos del que mandaba allí chocaron con el brazo de su secuaz, cuando ya se abatía hacia el rostro femenino.

—¡Quieto! —ordenó aquel hombre.

La mano de Chiko se retiró humillada, sin llegar a golpear, como era la intención del rufián.

—No te pegaré, a menos que tú misma me obligues a ello.

Se volvió hacia sus dos ayudantes.

—Una silla.

Cuando la sentaron, volvió a ordenar:

—Desatadla.

Le obedecieron igualmente.

—Voy a explicarte todo lo ocurrido, para que veas que será inútil por tu parte encerrarte en un silencio absurdo.

Encendió un cigarrillo, sin dejar de estudiar el rostro de la muchacha. Sus secuaces habían retrocedido y estaban ahora a sus espaldas. Bruce parecía beber cada una de las palabras del malhechor. Su madre callaba, tirada en un rincón, intentando ahogar el terror que la estremecía.

—Yo maté anoche a Dwigth Parker.

La revelación del «jefe» sorprendió a Velma y la obligó a poner cara de extrañeza.

—Dwigth tenía que entregar el domingo un paquete, aquí, en Kansas City. Inexplicablemente adelantó su viaje, aunque se paró en Salina. Yo le seguía desde el momento en que recibió esas planchas para trasladarlas hasta esta ciudad. Y anoche decidí apoderarme de ellas. Le estuve vigilando durante toda la tarde, en espera de un momento propicio para la realización de mis planes y te vi con él. Unos minutos después de que echaras a correr, le clavé una bala. Le registré y registré el coche, con detención. Las planchas habían desaparecido. Parker las llevaba consigo, o en su coche, en todo momento. Únicamente tú podías haberte apoderado de ellas.

Los labios de Velma formaban una línea cerrada, de dureza, negándose a hablar para aquel hombre.

—Chiko está deseando «desmoronarte» —advirtió él.

Bruce había permanecido todo el tiempo en pie, muy atento a lo que decía el jefe. Inesperadamente dio muestras de que había aprendido alguna cosa en las emisiones de televisión. Se adelantó hacia Velma y chilló:

—¡Ha declarado que mató a ese Parker! ¡No le contestes, Velma! ¡De todas formas tendrá que matarnos, ahora que sabemos que es un asesino!

Esta vez, el jefe no se opuso a la intervención rapidísima de Chiko, quien saltó hacia el padre de Velma.

Su puño le tiró al suelo, de un golpe.

Bruce escupió sangre. Un hilo rojo le quedó entre los labios, manando suavemente de su boca. El brillo de sus ojos no se apagó por eso.

—Tienes cinco minutos para contestar a mis preguntas —dijo el jefe—. Pasado ese tiempo, ella pagará caro tu silencio.

El dedo del jefe señaló al bulto que formaba la madre de Velma caída en el suelo.

Velma estaba pensando. Todo el tiempo desde que dio comienzo el interrogatorio.

Había una cosa cierta. Aquel individuo, el jefe, no parecía sospechar la intervención en el asunto de Ralph y el

F. B. I.,

incluso había sugerido que le extrañó la parada de Dwigh Parker en Salina, lo que demostraba eso de una forma casi terminante. Por lo tanto, su declaración, fuera cual fuese, no debía hacerle sospechar ese detalle.

Y de pronto, Velma supo qué tenía que decir, supo la manera de secundar a Ralph en sus planes, la forma de ayudarlo.

Aunque todavía calló, esperando que aquel hombre llegará creer de verdad que hablaba forzada por él.

El jefe no echó siquiera un vistazo a su reloj. Fijó su mirada en la pobre mujer caída en el suelo, en la que seguía intentando aguantarse su llanto, completamente asustada. Desde luego pasaron los cinco minutos que daba de plazo sin que ninguno de los presentes hubiera escuchado la voz de la muchacha.

—Cógela, Chiko —ordenó el jefe—. Aplícala un tratamiento breve y efectivo. Aquí mismo, delante de la jovencita. Veremos si se ablanda ahora.

Una sonrisa de satisfacción apareció entre los gruesos labios del malhechor designado para «desmoronar» a la madre de Velma.

Se acercó a la pobre mujer, mientras ella le veía acercarse con terror en los ojos.

Ahogadamente exclamó:

—¡No! ¡Nooo!

Las zarpas del bruto la levantaban ya, a la fuerza, del suelo.

Velma se levantó, lanzándose también hacia ella.

—¡Diré lo que sea! —gritó—. ¡Déjenla!

Chiko soltó a la mujer, retrocediendo. Pero, sin duda, había paladeado el gusto de lo que él podía hacer en aquella habitación. Empezó a despojarse de la chaqueta, forma de demostrar que estaba dispuesto a entrar realmente en calor cuando el jefe volviera a

solicitar su ayuda. Sobre la camisa mostró la funda sobaquera, con su correspondiente arma asomando la culata fuera de ella.

—Así es mejor. Siéntate.

Velma parecía haberse hundido moralmente. Su expresión demostraba eso.

Empezó a hablar entrecortadamente, como si lo hiciera obligada por las circunstancias:

—Yo... yo me apoderé de las planchas...

Si el jefe llegaba a preguntarla cuántas planchas, se vería en un apuro.

—Eso ya lo sé. Continúa. ¿Quién te pagó para que lo hicieras?

—Nadie.

Una sombra apareció en la mirada del jefe.

—Torturaré a los dos como intentes mentirme —amenazó mirando a sus padres.

—No conocía a Dwigh —disparó Velma el torrente de sus palabras—. Pero se vanaglorió que ganaba mucho dinero. Me aseguró que pertenecía a una organización que le pagaba bien.

—¿Por qué hizo eso? —la cortó, con recelo el jefe.

—Debí gustarle. Me aseguró que, sin apenas conocerme, haría cualquier cosa por mí. Yo me reí de él cuando me contaba eso. Pero llegó incluso a mostrarme lo que llevaba consigo.

—¿Dónde lo llevaba?

El propio Chiko, en mangas de camisa, la sugirió la contestación:

—En una funda pistolera de una forma especial. Más plana que las normales y más ancha.

—¡Continúa!

Velma pensó que aquel hombre estaba creyendo su historia.

—Dijo que eso valía una fortuna. Y yo decidí hacerme con ello.

—¿Cómo se las quistaste?

La desconfianza asomaba de nuevo en la pregunta del jefe.

Velma se dijo que, aunque éste hubiera vigilado a Parker toda la tarde, no podía saber con exactitud lo que hizo desde el Club Aurora hasta la población.

—Estaba casi borracho cuando frenamos en el parque. Había bebido continuamente durante toda la tarde. Y siguió haciéndolo, ya sin tino, cuando salimos del «Aurora». Comprendí que podría quitarle las planchas si era lista.

Esta vez no dijo nada el hombre de cabello gris. Se limitó, como antes, a taladrar con su mirada las pupilas femeninas.

—Se puso cada vez más pesado. Yo deslicé mi mano hacia la funda de la pistola y saqué las planchas. Luego, le di un empujón. Tenía que buscar una excusa para salir del coche sin que él llegara a sospechar que le había quitado eso. Le dije que se había confundido conmigo y le di un empujón arrojándome fuera del coche. Me persiguió por el parque, pero estaba muy bebido. Como no sospechaba la verdad, desistió de cogerme al llegar yo al final del parque, pensando acaso, pese a su estado, que no le convenía meterse en un lío con cualquier agente llevando como llevaba esas planchas encima.

Velma estuvo a punto de sonreír, triunfalmente, cuando, al devolver la mirada al jefe, no encontró en sus ojos el recelo que le animara las pupilas al principio. Se había creído su historia.

—¿Dónde guardaste las planchas? —Fue la siguiente pregunta —. Mis hombres no las encontraron dentro del chalet.

Velma pensó rápidamente que el sitio donde acaso pudiera ponerse en contacto con Ralph era precisamente el chalet. Puesto que Ralph la había asegurado que alguno de sus propios compañeros la mantenían bajo una especie de vigilancia de seguridad.

No titubeó al contestar:

—Al lado de casa, en un trozo de descampado que hay allí.

El jefe gruñó algo, algo ininteligible para los que rodeaban.

—¿Qué pensabas hacer con las planchas? —preguntó de nuevo.

—Venderlas. Dwigth aseguró que valían mucho dinero.

—¿Eso dijo? ¿Cómo puedes saber que no era una broma suya, que sólo estaba jugando contigo?

—Dijo que esas planchas las había grabado el mejor especialista de toda América. Que eran lo más perfecto realizado hasta ahora.

El hombre que la miraba con fijeza bajó la cabeza, miró sus propias manos. Sólo durante unos segundos. Cuando volvió a alzarla, tenía una sonrisa entre los labios, una sonrisa de complacencia, de vanidad.

Una sospecha cruzó por la mente de Velma. Ralph la había contado que el

F. B. I.,

no cortaría la operación billetes falsos en tanto que no descubrieran al hombre que grabó las planchas. Y ese hombre, el misterioso, el que Ralph estaba buscando, podía ser el mismo que ahora la miraba a ella, el que la estaba interrogando.

Se dijo también que era una tontería sus sospechas. Basadas únicamente en la sonrisa de un desconocido, en la forma que tuvo de mirar sus propios dedos. Pero lo había hecho, las dos cosas, mirar sus manos y sonreír, exactamente con la reacción súbita, instintiva, de un artista que se oye hablar.

La teoría completa, lo que en ella faltaba, de Ralph podría ser ésta: El propio grabador de las planchas las vende a una banda de falsificadores. Las entrega a un hombre destinado a llevarlas a un sitio determinado, a Dwigh Parker, y sigue a éste. Después le mata para robarle esas planchas. Negocio doble para él. El dinero que le dieron por las planchas y las planchas en su poder.

Velma cerró los ojos, como si de esa forma pudiera concentrar mejor sus pensamientos.

Comprendió que su teoría no tenía base, era un relámpago de intuición, una corazonada. Si hubiera podido entonces hablar durante unos minutos con Ralph...

La voz de aquel hombre llegó hasta ella como a través de un velo de rencor, duras sus pocas palabras:

—Si me has mentido, te mataré.

Al abrir los ojos le vio inclinado hacia ella, a punto de cogerla el brazo.

Se dejó levantar de la silla sin resistencia.

—Vosotros quedaos aquí, vigilando a éstos —ordenó a Chiko y su compañero.

La llevó hacia la puerta de la habitación, sin volver la cabeza. Había dado una orden y estaba seguro de que sería cumplida.

—¿Dón... de me lleva? —Trató ahora de resistirse Velma.

—A Salina. Vamos los dos por las planchas. Tiembla si has intentado engañarme.

VIII

EL juego entre los secuaces del que había partido con Velma se volvió a reanudar. ¿Qué otra cosa iban a hacer esos pájaros en tanto no regresara el jefe? Un viaje hasta Salina llevaba tiempo además.

Sólo existía una diferencia. Y era que Chiko salió de la habitación para traer bebida. Una botella enterita de «*whisky*».

Bruce tenía aún la sangre seca en la barbilla y el mismo humor cuando pareció dispuesto a matar también el tiempo al lado de aquellos individuos. Se levantó y se acercó a ellos.

Chiko levantó la cara hacia él. Podía darle un golpe para que volviera a su rincón. Y podía también, dejarle que mirara tranquilo los naipes.

La intención de Bruce parecía ser otra. Esperó unos cuantos minutos, viendo cómo los forajidos bebían de la botella directamente varias veces.

Por fin se decidió:

—¿Qué tal un trago para mí, amigos? La verdad es que lo estoy necesitando.

Los malhechores cambiaron una mirada de extrañeza. Tipos como aquél no se conocían con frecuencia. Ellos, al menos, no habían conocido ningún fulano que, a unas horas de morir a balazos por lo que sabía, tuviera el poco seso de preocuparse por que le dieran un trago del biberón que descansaba sobre la mesa.

Chiko atrapó el recipiente Bruce sonrió. Unos segundos después, el mismo que casi lo desencaja las mandíbulas rato antes le ponía la botella entre los labios para que bebiera un trago.

Bueno, un trago... Chiko tuvo que tirar con brusquedad de la botella para evitar que el padre de Velma acabara con el contenido de ella.

—Un trago es un trago, hermano —gruñó el forajido—. Un trago no es toda la botella.

Bruce agradeció el licor con la mejor de sus sonrisas de aquella noche.

La partida continuó entre los dos secuaces, que llegaron casi a olvidar de que Bruce estaba allí, al lado de la mesa, sin quitar ojo de los naipes.

Una de las veces, Chiko interrogó:

—¿No te cansas de estar de pie? ¿Por qué demonios no te largas un ratito a cualquier rincón?

—Hago gimnasia cada mañana. Por eso estoy siempre en forma. ¡Je, je, je!

Chico estaba harto de sentir en su nuca el aliento del prisionero, Chiko estaba harto de aburrirse jugando a las cartas con el cretino de su camarada. Chiko amaba, más que cualquier otra cosa en el mundo, los puñetazos que él mismo daba cuando se le presentaba una ocasión. Y aquélla era una ocasión.

Empezó a incorporarse, tragándose a Bruce con la mirada, fijo en la maldita sonrisa de burla que bailoteaba entre los labios partidos de Bruce.

Le iba a romper la cara. Eso iba a hacer. Estaba más harto de la seguridad y el poco respeto, el poco miedo, que le tenía el prisionero que de cualquier otra cosa del mundo, incluidas las partidas de naipes con su camarada.

Cuando estuvo en pie, acercó su cara a la del padre de Velma, le arrojó provocativamente, el aliento a la cara.

—Dije que volvieras a tu rincón —recalcó, lentamente, cada sílaba.

Bruce sonreía. Maldito fuera cien veces. Sonreía más todavía que antes.

—Déjale tranquilo, Chiko. Ese fulano no tiene solución —le pidió su compañero.

Era inútil. Chiko sabía cuándo había llegado al tope de su paciencia.

Levantó la mano, la derecha, para dejar caer todo su peso sobre la sonrisa de Bruce.

Y, de pronto, antes de que llegara a bajarla, antes siquiera de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, los dedos de Bruce se

hicieron con su arma. Hábilmente, sorprendentemente.

Bruce había estado medio suelto todo el tiempo. Ése fue el verdadero motivo de su sonrisa. Algo que había aprendido hacía tiempo, en los interminables seriales policíacos de la televisión. Algo que tenía mucho que ver con una forma especial de respirar cuando a uno le están atando sobre la forma de tensar los músculos y demás zarandajas.

La voz de Bruce había cambiado, y su sonrisa también, cuando clavó el cañón del arma en el pecho de Chiko:

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Atrás o disparo!

Para demostrar que sabía manejar un cacharro de aquéllos quitó el seguro.

Chiko obedeció. Había palidecido intensamente. Su compañero, presa también del mayor estupor, se estaba incorporando lentamente.

—¡Tú, quieto también!

La voz de Bruce rebosaba satisfacción, mucha mayor satisfacción que antes. Desde su rincón la madre de Velma le miraba como si viera, por primera vez en su vida, a su verdadero marido, a un hombre desconocido para ella hasta aquel preciso momento.

Los dos forajidos cambiaron una mirada. No sabían qué hacer, estaban demasiado sorprendidos también.

Bruce encajó los dientes, como viera hacer siempre en las historietas de la televisión a los hombres desgarrados. Avanzó un paso hacia sus enemigos y dijo, aligerando solamente un poco el cepo que formaban esos dientes:

—¡Levantad los brazos! ¡De prisa!

Obedecieron. Y él los contempló no como a seres abyectos, a enemigos que no dudarían en hacerle picadillo en cuanto se descuidara, sino como a los compañeros de su gran aventura, a los que podrían certificar que él era quien era.

—Daos la vuelta.

Esta vez no le hicieron caso. Bruce escupió por un colmillo. Clavó le cañón del arma en el costado de Chiko, que era el más cercano a él.

—¿No oísteis acaso?

No estaba bromeando, se dieron cuenta de que no bromeaba pese a sus sonrisas y a que sólo un suicida hubiera osado hacer otro

tanto como él.

Sabía muchas más cosas Bruce. No en balde había asistido tarde tras tarde «a sus lecciones» televisadas.

Su mano salió despedida hacia arriba, con fuerza —hacía gimnasia cada mañana, estaba siempre en forma— para aplastar con el punto de mira del arma la cara de Chiko.

Al mismo tiempo, ágilmente, el padre de Velma se echó hacia atrás para salir del alcance de las manos enemigas.

Chiko soltó un aullido y reculó con una huella sangrante en la cara.

—¡Daos la vuelta! —repitió Bruce.

Esta vez le obedecieron.

Aquello estaba dejando de ser el juego de un tonto.

Aquello podía resultar peligroso.

—Os clavaré un plomo en cuanto se me canse el dedo —les advirtió aún.

Estaban ya de espaldas a él.

—Avanzad hacia la pared sin bajar los brazos.

Pensaron que los iba a maniatar y se equivocaban. No podían ver a Bruce. El padre de Velma se pasó el arma a la mano izquierda y cogió la botella que había sobre la mesa entre los dedos de la derecha.

Levantó el brazo y el recipiente de cristal se estrelló contra la cabeza de Chiko.

Chiko se desplomó como un saco, «desmoronado», según era su propia y favorita expresión.

El movimiento de su compañero fue de profesional del crimen, rápido. Cuando se volvió, un segundo después de que estallara el cráneo de su camarada, tironeaba ya del arma que guardaba en su funda sobaquera.

No llegó sin embargo a sacarla. Bruce debía saberse toda la escala de trucos y maniobras de un «gángster». Bruce disparó un segundo antes de que le otro tuviera entre sus dedos lo que buscaba.

El forajido lanzó un grito de rabia y se tiró, agujereado ya un hombro, hacia el padre de Velma.

Bruce sonreía cuando se echó atrás, para eludir el cuerpo a cuerpo. Hizo algo mejor que trenzarse a manotazos con su enemigo;

cambió la postura del arma humeante que empuñaba, la asió por el cañón y machacó la cabeza de su contrario, una, dos veces, antes de que los pies del malhechor parecieran resbalar sobre el suelo y se desplomara cerca de Chiko.

Bruce había vencido. Él sólo a dos profesionales, a dos hombres habituados a situaciones como la presentada. Bruce contaría eso a la prensa y, desde luego, a todos sus vecinos de Salina. Bruce vivía, con mucho, la hora más radiante de su existencia.

No iba ahora a perder la cabeza ahora que había demostrado saberla usar de completo acuerdo con las enseñanzas recibidas y el juego de sus músculos entrenados por la diaria sesión de gimnasia.

Se agachó para recoger la automática del segundo de los enemigos. Y se guardaba las dos armas en los bolsillos. Miró hacia su trastornada mujer.

—¿Quieres echarme una mano? —preguntó igual que otras veces la pedía la cachimba.

Estaba ya atando a Chiko cuando ella llegó junto a él.

Con las cuerdas de su esposa, libertada ésta, ató fuertemente las muñecas del compañero de Chiko y sus pies a una de las sillas.

Inmovilizados de esa forma los dos forajidos, Bruce no perdió un segundo. Todavía tenía muchas cosas que hacer y qué hacerlas pronto. Velma estaba en peligro y Velma merecía su doble respeto, su doble cariño, como hija suya y por lo que había demostrado también saber hacer, apoderarse de unas planeas de inmenso valor arrebatándoselas nada menos que a un pájaro de éstos.

Se lanzó, seguido de su esposa, hacia la planta baja. Las escaleras estuvieron a punto de demostrar que no estaba tan en forma como creía. Los últimos tramos los bajó de escalón en escalón, pero golpeándose contra cada uno de ellos al haber resbalado en los anteriores.

Se levantó con presteza, igual que si hubiera caído sobre colchones, y siguió corriendo hacia el teléfono.

Había una guía de la ciudad. Lo había visto antes, cuando los dos halcones vencidos les metieron en la cocina.

Entró en la pieza como una tromba y se lanzó, como un buitre, hacia el librote de los teléfonos.

Allí estaba el número. Tiró lejos el mamotreto de dos quilos de papel y faltó poco para que arrancara de cuajo el aparato al hacerse

con el micrófono.

Un segundo después se desgañitaba lo suficiente para que pudieran oírle a doscientas millas de distancia:

—¡Allo, allo, Policía! ¡Allo, Policía! ¡Policía! ¡Llamo a la Policía!
¡Despierte, hijo!

¡Allo, allo!

IX

EL coche apareció detrás de ellos poco después de que salieran de Kansas City y les estaba dando alcance. Un coche de la Policía.

Velma apretaba los dientes, asustada de verdad ahora que marchaban a noventa millas por hora. El hombre que la llevaba hacia Salina, el asesino de Dwigh Parker, apretaba también los dientes y hundía hasta el fondo el acelerador. Era un conductor de primera y llevaba un coche potente. No se dejaría alcanzar con facilidad.

No le cabía la menor duda que algo había fallado en sus cálculos. Cuando descubrió al coche de los policías corriendo tras el suyo intentando darle alcance, no iba a una velocidad prohibitiva que hubiera justificado la persecución al infringir él las leyes de tráfico de la ciudad o del Estado.

De haber tenido la sospecha de que se trataba de eso, hubiera parado el coche para enfrentarse a los agentes de la Ley.

Estaba seguro de que se trataba de algo mucho más grave, de algo que tenía una relación estrecha con lo que estaba ocurriendo aquella noche. ¿Un fallo de Chiko y su camarada?

Minutos después de dar comienzo la persecución tuvo que dejar de pensar, para centrar toda su atención en la cinta de asfalto que corría vertiginosamente bajo las ruedas de su coche. Un fallo, cualquier fallo, y la muerte se abriría para él y para la chica a la que llevaba consigo.

Para Velma había cambiado aquel hombre, había cambiado su rostro. Sus facciones perdieron la casi elegante serenidad que le formaba como una máscara. En dos o tres ocasiones, volvió hacia él la cabeza y le vio encajar los dientes, gruñendo sordas amenazas en voz baja.

Parecía dispuesto, a costa de lo que fuera a llegar a Salina y apoderarse de las planchas.

Y Velma temía que ya no la usara a ella para eso. Porque la estuvo interrogando cuando salieran de la casa donde seguían prisioneros sus padres sobre el emplazamiento exacto del sitio donde decía ella que escondió las planchas. Velma se sintió desplazada, al tomar el coche una curva a la máxima velocidad.

El hombre se volvió contra ella, sujetando con una mano el volante y apretando entre los dedos de la contraria un revólver de cañón corto.

Sus ojos despedían una llamarada de ciega locura, de frenesí.

—¡Te mataré al menor intento...!

Tuvo que agarrar el volante con las dos manos al presentársele una nueva curva, tan peligrosa como la anterior.

El arma había caído sobre el asiento entre su cuerpo y el de la muchacha. Hubo, en ella, una indecisión. Cuando pensó apoderarse del revólver, era ya demasiado tarde para hacerlo.

Él había enderezado el coche y se hizo con su revólver.

—¡Mira hacia atrás!

Ella obedeció. Se daba cuenta de que aquel hombre estaba también loco, de pánico al verse perseguido, descubierto por la Policía, y sería capaz de cualquier cosa, incluso de matarla sin la menor vacilación.

—¿Qué distancia les llevamos? —preguntó secamente.

A Velma la costó hacer salir su voz de la garganta. Tenía en ella como una garra.

—Es... tán lejos aún.

El asesino volvió la cabeza hacia el cristal trasero para comprobar eso. La indicación de la joven era demasiado vaga.

Lanzó una exclamación de rabia al ver que el coche perseguidor iba ganando terreno poco a poco, lenta pero inevitablemente.

No podía sacar mayor velocidad de la conseguida con el suyo. Lo llevaba a tope desde hacía muchos minutos, a punto de estrellarse en cualquier momento.

Atravesaron un pueblo dormido, zigzagueando peligrosamente por su calle principal, sin aminorar en absoluto la marcha suicida. Una persona que se cruzara entonces, un perro, cualquier cosa, hubiera sido causa inevitable de la tragedia.

Fue a la salida de esa localidad cuando el forajido sonrió, inesperadamente. Una idea diabólica parecía haber estallado en su cerebro. Se volvió hacia Velma.

—Vas a coger tú el volante, durante unos momentos.

Ella se echó hacia atrás, como la aterrara aquella posibilidad de llevar el coche.

Se dio cuenta de que poco a poco el loco homicida estaba aminorando la velocidad. Velma miró hacia atrás. El coche de la Policía que les perseguía desde Kansas City mantenía la suya, se acercaba ahora a ellos, mucho más rápidamente.

No comprendió cuál era la intención del criminal. Él, de pronto, ordenó con seguridad:

—Ahora, coge el volante; pásate a este lado del asiento.

Velma no se movió. La garra del terror que se la clavaba en la garganta la impidió obedecerle.

Una de las manos del forajido la agarró por la muñeca tirando de ella con fuerza. Velma se sintió desplazada del sitio que ocupaba. Unos segundos después, el volante estaba entre sus dedos.

—Mantén simplemente la dirección. No te preocupes de la velocidad —ordenó nuevamente el asesino.

Le vio, de reojo, inclinarse sobre el respaldo del asiento, encañonar con el revólver el cristal trasero.

Los disparos, varios consecutivos, surgieron unos segundos después. Y una carcajada de aquel hombre, una carcajada triunfo y satisfacción.

Velma comprendió, al fin lo que había hecho. Y un escalofrío recorrió su cuerpo. Había disparado contra los neumáticos delanteros del coche perseguidor. Y tenía que haber acertado al reírse de aquella forma.

No se atrevió a volver la cabeza para comprobarlo. El asesino estaba ya moviéndose sobre el asiento para recuperar el volante.

—Suelta. Ahora podemos seguir con más tranquilidad —dijo él.

Velma dejó el volante y ocupó su sitio en el asiento, siempre al lado de él, siempre temiendo que él tuviera la ocurrencia de matarla en cualquier momento ahora que creía conocer el sitio exacto donde se hallaban las planchas.

Miró hacia atrás cuando el fugitivo pareció desentenderse de ella para fijar nuevamente su atención en la carretera.

Velma estuvo a punto de gritar. Allí, en mitad de la cinta de asfalto, ocupando el sitio dejado por el coche policial, aparecía el «Chevrolet Corvette» de Ralph. Era el mismo. Era el *sport* color cereza de Ralph.

Algo que costaba trabajo explicarse y admitir, pero una realidad. Velma se frotó los ojos, pensando que estaba lo suficientemente asustada para ver visiones.

Y el coche de Ralph seguía allí, detrás de ellos, acortando por momentos la distancia que les separaba.

Fue la expresión del rostro de la muchacha, o su alegría, que no supo disimular, o todo ello mezclado, lo que hicieron al asesino de Dwight Parker volver la cabeza hacia la ruta.

El recelo, una sospecha peligrosa, apareció en los ojos de aquel hombre cuando descubrió el coche *sport* que intentaba ahora alcanzarle.

Soltó, como antes, una mano del volante, ahora manejaba a mucha menor velocidad y podía hacerlo sin riesgo de estrellarse, para ceñir sus dedos en torno a la muñeca femenina.

Su voz era ronca, amenazante, cuando empezó a retorcerla la muñeca e inquirió:

—¿Conoces ese coche? ¿A quién pertenece? ¡Habla! ¡Habla!

Velma tuvo que morderse los labios, hasta que la sangre brotó de ellos intentando resistir el dolor.

—¡Nooo!... —mintió.

—¡Di la verdad! ¿Le conoces?

Estaba como loco de nuevo, con una rabia salvaje en las pupilas.

—No..., no le conozco...

—¿Por qué pusiste esa cara entonces al descubrir que nos está siguiendo?

—Pensé, pensé que podía pedir auxi... lió cuando nos adelantara.

La soltó, tirándola contra la portezuela de su lado. Como si despreciara sus palabras, pese a que debía haberla creído.

Durante varios minutos, el asesino estuvo solamente pendiente del coche que aparecía ahora enmarcado en el espejo retrovisor, muy cerca del suyo ya, cada vez más cerca.

Pudo apreciar que iba en el Corvette un solo hombre, al volante como resultaba natural. Los labios del asesino se abrieron de pronto

en una mueca.

—Coge el volante otra vez. Y no olvides que te mataré sin contemplaciones al menor intento de engañarme.

Sacó el revólver. Pero ahora pensaba matar al ocupante del coche *sport*. Velma lo adivinó en el brillo de sus pupilas, en la mueca que le contraía los rasgos faciales.

Obedeció cuando él empezó a desplazarse sobre el asiento para volver a ocupar el sitio de la joven. Lo sostuvo, con certeza, cuando dijo con una entonación especial:

—Ese hombre está intentando algo. No acaba de pasar, pese a que voy ahora muy despacio. Pagaré cara su curiosidad.

Velma no pudo contestar. La garra de su garganta apretaba más ahora, más al intuir el peligro que corría Ralph.

El asesino se dio cuenta de que algo agarrotaba los músculos de la joven.

—¡Coge el volante!

No podía pegarla, todavía con ninguna de sus manos. Una de ellas había vuelto a empuñar el revólver, la otra tenía que sujetar el volante. A menos que la golpeará con el metal del revólver.

No era de esa clase de hombres. No lo hizo. Se limitó a mirarla amenazadoramente. Y ella, bajo la amenaza de sus ojos, empezó a deslizarse sobre el asiento, puso, al fin, sus dedos en torno al volante.

El hombre se rió ahogadamente cuando su codo rozó el respaldo del asiento. Un segundo más y estaba intentando afirmar su puntería. Pero ahora sobre el corazón del que parecía también dispuesto a perseguirle.

Velma comprendió su intención cuando él mismo apagó las luces interiores del coche, cuando los dos quedaron sumidos la oscuridad de la noche que atravesaban.

Los focos del Corvette del agente especial iluminaron, con una raya poderosa de resplandor el cristal retrovisor, donde Velma fijaba su mirada en aquellos momentos.

—¡Afloja aún más la velocidad; déjale que se acerque!

En el rectángulo brillante apareció de nuevo el coche color cereza. No estaba a más de una veintena de yardas.

Velma logró distinguir a Ralph en el volante, mirando hacia ella, sin que pareciera darse cuenta de que unas balas mortales iban a

buscar su pecho segundos después.

Quitó la vista del retrovisor, aterrada, sintiendo como si el aire faltara a sus pulmones, y giró la cabeza para ver, de reojo, la mano del criminal, la que sostenía el revólver.

Velma no obró de una forma consciente. Él tenía que salvarse. Ella podía salvarle, aunque arriesgara su propia vida.

Inesperadamente torció el volante. En el momento mismo en que sonaba el primer estampido al lado de su cabeza.

Lo torció de una forma brusca, sin otro intento que el de que los tiros fallaran.

No era ninguna experta en el manejo de un coche. La dirección escapó a su voluntad al mismo tiempo que sentía el cuerpo del asesino caer sobre el suyo, al mismo también que empezaban a oír maldiciones de rabia.

El acre olor de la pólvora recién quemada entró en sus narices. Durante la brevedad de un segundo.

Luego su cabeza golpeó contra algún sitio. Y su cuerpo al volcar el coche junto a la cuneta.

Se dio cuenta de que yacía caída en una mala postura y de que un hilo de sangre se escurría por su rostro.

El asesino se movió sobre ella para alcanzar la portezuela. Tironeó de la manilla estremecido por la rabia.

Se volvió aún, cuando había logrado abrir la puerta del coche, en busca de su revólver, perdido al empezar a dar bandazos el vehículo poco antes de que volcara.

Una vez en posesión de su arma, no perdió un solo segundo en arrastrarse fuera del vehículo volcado y en enderezar la cintura.

Giró en torno la cabeza, buscando al hombre que le siguiera antes, al dueño del *sport* color cereza.

El Corvette había frenado más allá de donde volcó el coche. Y Ralph estaba, precisamente entonces, bajándose de su cacharro.

El asesino pareció dispuesto a echar a correr. Vaciló sólo unos segundos, los segundos que casi cuestan la vida a Velma. Porque, de pronto, el forajido miró hacia ella, hacia el bulto que formaba el cuerpo de la joven contra el fondo del coche volcado.

Tenía el revólver en la mano. Y ella podía identificarle en cualquier momento, en cuanto llegaran allí los policías, en cuanto empezaran a interrogarla.

Velma era un peligro demasiado inmediato. Por otra parte, él conocía ya el emplazamiento exacto del escondite de las planchas. No necesitaba ya a la muchacha.

Volvió a mirar hacia el bulto que se erguía en la oscuridad, al lado todavía del «Chevrolet» de *sport*. Se decidió de golpe. Apuntó hacia el interior de coche volcado.

En el momento mismo en que apretaba el gatillo, un escupitajo de fuego surgió de más allá, de la mano del que ahora corría hacia el coche volcado.

El disparo del asesino salió alto, al tiempo que éste soltaba una maldición, al sentirse herido.

Una segunda bala rozó su cabeza.

Se volvió con rabia hacia su nuevo enemigo. Tenía un hombro atravesado el asesino. El revólver había pasado de la mano correspondiente a esa herida a los dedos de la contraria, de la izquierda. Apuntó al bulto que corría hacia él y disparó dos veces.

No supo si le había dado, pero, en todo caso, el desconocido se agachó frenando ya su carrera.

El asesino dirigió por segunda vez el cañón de su arma, humeante ahora, hacia el bulto de Velma. Disparó una sola vez, con la certeza de acertar.

Y comenzó a correr, desde la cuneta hacia el fondo de la noche.

Los ladridos de dos nuevos disparos buscaron inútilmente su cuerpo. Volvió a pararse, cuando llevaba avanzadas cerca de cincuenta yardas, para ver si el que disparaba contra él desde el asfalto le perseguía.

Vio su cuerpo, sólo erguido a medias en la oscuridad que había dejado atrás. No corría tras él, tal vez herido también.

No se trataba de matar a un hombre, a un desconocido, sino de salvarse. Siguió corriendo a través del campo.

Algo había fallado en sus bien estudiados proyectos. Pero del fallo que pudo costarle la libertad o el pellejo sólo sacaba una herida en el hombro. El balance no resultaba demasiado malo, sobre todo teniendo en cuenta que podía aún apoderarse de las planchas.

X

RALPH Sasso no pensó una sola vez que pudiera correr en pos del fugitivo. Había visto cómo nuevamente disparaba contra Velma. Y sintió que un nudo de temor se formaba en su garganta.

Disparó contra él, pese a que el bulto movable y la oscuridad en que su enemigo parecía flotar no eran propicios para que acertara con sus disparos.

Luego, siguió corriendo hacia el coche volcado.

Era faltar a su deber, era convertirse en un hombre que pensaba más en un problema humano y personal que en su obligación. Pero no le importó. El miedo a que ella hubiera encajado una bala mortal dio alas a sus pies, agitó su pecho mientras se acercaba al coche.

El corazón le latía con fuerza al agente especial cuando se agachó delante del cacharro volcado para meterse dentro.

Velma no se movía. Pero estaba viva. Lo supo al tacto, lo supo por instinto en cuanto sus dedos tocaron el cuerpo femenino.

—¡Velma! ¡Velma, contesta!

La sacó, con cuidado para no herirla, sintiendo que una gran alegría, una alegría distinta a todo, le llenaba el ser.

Ella no le contestó con palabras. Un sollozo había roto en su pecho y estaba ya llorando cuando la apretó contra su cuerpo, cuando la rodeó con la energía de sus brazos y la miró a la cara.

La dejó que se desahogara. Velma se agarraba a él, se apretaba contra Él, como si todavía el terror corriera por su sangre, como si estuviera viendo los ojos desorbitados por la ira del hombre que intentó matarla.

Poco a poco se fué calmando. Había poca luz, pero si la suficiente para que Ralph viera, cuando dejó de llorar y le miró a los ojos a través de las lágrimas, que la muchacha se ruborizaba.

La sonrisa que se formó en los labios del agente especial no era de burla, era de emoción. La cogió la cara con las manos y la besó con suavidad, con un amor que él mismo no sospechara dentro de su pecho, pero que ahora sentía embargarle.

Ella contestó al beso, colocando sus dedos sobre las manos de Ralph, como si pretendiera alargar la caricia.

—¿Cómo se le fue a ese hombre la dirección, Velma?

—El... yo, bueno, me obligó a coger el volante cuando disparó contra el coche lleno de policías. Hizo lo mismo cuando vio que le seguía tu «Corvette» y dio a entender que contra ti no dispararía las ruedas sino a tu pecho. Yo torcí la dirección cuando iba a apretar el gatillo.

La apartó de sí para mirarla a lo más hondo de sus ojos. Había hecho eso por él, para salvarle a él.

Podía contarla que su coche tenía los cristales a prueba de balas y que los disparos del forajido no los hubieran atravesado. Pero, en vez de hacerlo, la abrazó de nuevo, con un inmenso cariño, en un impulso de cariño.

—¿Estás herida?

Al registrar su ropa, con la mirada, vio un rosetón de sangre en la cadera derecha. No podía ser nada importante, dado el estado de Velma no obstante, quiso comprobarlo. Una de las dos balas que la disparó el malhechor había rozado su cadera arrancándola un trocito de carne. Nada en realidad.

Cuando la llevaba hacia el coche, fue ella la que preguntó:

—¿Cómo ha sido posible? ¿Cómo estabas tú aquí?

La respuesta del agente especial la causaría una verdadera sorpresa.

—Míster Bruce resultó un héroe —dijo—. Él me contó, en cuatro palabras, lo ocurrido desde que llegaste tú al chalet. Logró que las ligaduras que le sujetaban los brazos quedaran flojas. Y actuó apenas ese hombre te sacó a ti de la casa, en Kansas. Logró hacerse con el arma de Chiko y tumbó a los dos guardianes Inmediatamente después llamó a la Policía de la ciudad. Yo estaba allí precisamente para pedir algunos hombres con los que pudiera rescatarte de aquella casa. El resto, ya lo conoces. Corrimos tras vosotros.

—Mi padre... ¿hizo eso?

La costaba trabajo creer una cosa así.

Sólo el gesto afirmativo del agente especial la convenció de que era verdad todo cuanto le contaba.

—Por cierto que lo que nos dijo fue muy breve. No podíamos perder tiempo en perseguir al coche donde te llevaba. Tú tendrás que ampliar el informe. Es vital para mí.

Esta vez fue Velma la que sonrió. Estaban llegando al «Corvette». Ralph la hizo montar a su lado, al lado del volante, que ocupó él.

—¿Puedes darme un cigarrillo? —pidió Velma.

—Claro, qué preguntas haces. Has atravesado momentos malos y estás nerviosa cálmate. Desde este momento se acabó el peligro para ti.

—No es eso —aseguró ella aceptando el cigarrillo que él acaba de encender y que ponía en sus labios.

—¿De qué se trata, pues?

No había arrancado todavía Ralph. Se volvió hacia ella y la cogió una mano.

—Ese hombre declaró que había matado a Dwigh Parker —dijo Velma.

—Lo sé. Es una de las cosas que nos contó tu padre. Por cierto, ¿de dónde sacaste toda esa historia sobre que tú tenías las planchas? Un policía no lo hubiera ideado mejor.

Su tono era de broma, pero la admiración hacia ella podía leerse en las pupilas del agente especial.

—Quería ayudarte —confesó ella con sencillez—. Durante todo el tiempo, desde que salimos de Salina, me había estado preocupando por la forma de ayudarte. Recordaba todo lo que me contaste en el Aurora Club y di vueltas y más vueltas a mi cabeza buscando algo que me sirviera.

—¿No pensaste que ese hombre te mataría seguramente al llegar a Salina y comprobar que las planchas no estaban donde le habías asegurado?

Velma movió afirmativamente la cabeza. Fumó con pausa durante unos segundos, sin contestar.

—Si —dijo luego—. Estaba segura de que iba a matarme al llegar al sitio donde le dije haber escondido eso. Pero yo creía que tú seguías allí, en Salina. Y quería estar cerca de ti, quería intentar algo, no sabía el qué, para que tú pudieras enterarte de que me encontraba en manos del asesino de Parker.

—Mientras tanto, yo me hallaba en Kansas. Curioso. Lo habrías pasado mal, a no ser porque tu padre nos avisó a tiempo.

—Eso no tiene importancia —dijo ella—. Hay algo más, algo que sí vale la pena.

Ralph sonrió, sorprendido por la actitud de Velma. La chica se había tomado completamente en serio su papel dentro del caso.

—Cuando le estaba contando lo que me ocurrió con Dwigh Parker —seguía ella— dije que éste consideraba aquellas planchas como lo más perfecto que se había realizado hasta la fecha, como la obra de un artista formidable.

—Mis propias palabras —recordaba Ralph con una sonrisa.

—Sí. El asesino de Parker puso una cara muy rara, bajó la cabeza y se miró las manos, de una forma especial, de una forma...

Ralph se tragó súbitamente su sonrisa. Un gesto de extrañeza, de casi estupor, matizó su rostro a la luz de los cigarrillos que fumaban.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, completamente segura. Hasta el extremo que pensé que ese hombre, el que mató a Dwigh, el que se apoderó de mis padres y de mí, es el grabador de las planchas.

Ralph permaneció varios minutos en silencio, sumido en sus propios pensamientos. MoviÓ la cabeza, como si de esa forma demostrara que le costaba trabajo admitir ese razonamiento, el de Velma y el suyo propio en aquellos momentos.

—Parece mentira —dijo después—, una solución tan simple, tan sencilla y que puede encajar perfectamente en la realidad.

Soltó los dedos de Velma, que había sostenido dentro de su mano hasta entonces.

—Vamos a regresar a Kansas —anunció al tiempo que arrancaba—. Tenemos mucho que hacer.

Velma no le preguntó sobre esa tarea. Reclinó su cabeza contra el hombro del hombre al que, ahora lo sabía con certeza, amaba. Y sonrió cuando el brazo de Ralph se ciñó a los suyos mientras conducía, girando el coche, con la otra mano.

XI

AQUELLA mañana la prensa de las dos ciudades publicaba las mismas noticias. La prensa de Kansas City por ser éste el lugar donde se habían desarrollado los acontecimientos que se relataban.

La de Salinas por resultar que eran precisamente unos vecinos de esa pequeña población los protagonistas de ellas.

En todos los periódicos venía una fotografía, a varias columnas, del héroe de la jornada, mister Bruce. Y toda una serie de declaraciones suyas, a las preguntas de los reporteros, sobre lo que le había ocurrido a él y a sus familiares. En otra foto, de tamaño más pequeño podía verse a la madre de Velma llorando ante lo que decía ser el cadáver de su hija.

La verdad referida por los reporteros no correspondía, ni mucho menos, a la escueta verdad de los hechos.

Según los papeles, en la lucha sostenida entre mister Bruce y los dos malhechores que custodiaban a él y a su esposa, uno de los forajidos había recibido del héroe un balazo en pleno corazón, mientras el otro tenía el cráneo roto y los médicos de la Ley no aseguraban nada sobre su posible curación. En todo caso, ese hombre tardaría varias semanas en poder ser interrogado.

En cuanto a Velma, la prensa aseguraba que la heroica muchacha murió también, al ser baleada por el jefe de la banda misteriosa, un asesino que se dio a la fuga cuando un pacífico ciudadano que viajaba entre Kansas y Topeka intentó con riesgo de su propia vida detener al criminal al ver como éste disparaba contra el coche de la Policía en que era perseguido con gran insistencia.

Lo que pudiera motivar toda aquella serie de expectantes acontecimientos seguía siendo un misterio para la Ley. Velma Bruce parecía ser la única persona que tal vez conociera la identidad del

asesino y sus propósitos al apoderarse de ella y de sus padres. El interrogatorio y declaración de míster Bruce no añadía demasiada luz al misterio, toda vez que ante él y su esposa solamente fueron pronunciadas frases suelta, medias palabras.

Míster Bruce había escuchara entre la joven y el criminal algunas cosas sin aparente sentido sobre un robo de planchas, pero nada que pudiera constituir la base de una teoría que explicara los hechos.

Por fin, la prensa se ocupaba del hombre que con su intervención estuvo a punto de detener al fugitivo.

Míster Frank Prunell, un comerciante de Topeka joven y valiente ciudadano, que llegó incluso a disparar contra el asesino.

Este hombre no había logrado ver la cara del fugitivo, dado que su actuación fue muy rápida y ocurrida de noche.

Describía al fugitivo como hombre delgado y evidentemente alto, pero sin añadir una sólo detalle más. El hecho de que llevara un arma y pudiera, gracias a eso, disparar contra el hombre que escapó amparado en la oscuridad de la noche, se debía a que era comerciante joyero y obtuvo el permiso legal para su uso hacía varios años, a raíz de que su establecimiento fuera asaltado en pleno día por una banda de «gánsteres».

Ni siquiera mencionaba la prensa que el asesino había sido herido durante su fuga a través del campo.

XII

LLEVABA muchas horas esperando en el hotel. Y el hombro le dolía. No lo suficiente desde luego para impedirle acudir aquella noche a la cita con las planchas que valían cien mil dólares.

Eran suyas, él las había creado. Y estarían en su poder nuevamente en cuanto cayera la noche.

Sobre la cama estaban extendidos los diarios de la ciudad. Había leído la información una docena de veces y una docena de veces había soltado una carcajada de triunfo.

A él, personalmente, no le importaban Chiko y su compañero. Eran dos profesionales del delito que trabajaban para él desde hacía poco. Uno muerto, el otro con la cabeza abierta y escasas esperanzas de sobrevivir. Velma Bruce muerta, matada por él cuando disparó contra la muchacha unos segundos antes de echar a correr la noche antes, en la carretera cuando aquél, ¿cómo se llamaba?... aquel Frank no recordaba cómo empezó a disparar contra él.

Podía estar seguro de tener la suerte a su lado.

Los polizontes no parecían haber descubierto siquiera que estaba herido. Lo de las planchas no pasaban de ser en sus manos, en las de los sabuesos de la Ley, una referencia vaga, brumosa, algo que no les conduciría a ninguna parte, muerta como se hallaba la muchacha que conocía gran parte de la verdad.

Se apartó de la ventana y se acercó a la botella. Bebió un nuevo trago, pequeño. No le convenía tener la cabeza nublada cuando saliera del hotel aquella noche. Sus sentidos, todos sus sentidos, tendrían que estar alerta cuando se deslizara por las calles en dirección al agujero donde aquella chica, Velma Bruce, había escondido las planchas que robara a Dwight Parker.

Luego saldría de Salina. Tenía ya en su poder incluso el billete de ferrocarril para el expreso que pasaba por la población a las doce en punto de la noche.

Con las planchas en su bolsillo, volvería a casa. Y la banda de falsificadores, los que pagaron cien mil por ellas, volverían a buscarle para que les grabara otras. Era lógico que ocurriera así. Cien mil dólares era una bonita cifra por aquel trabajo. Pero la banda sacaría mucho, muchísimo más por las planchas. Su idea, la de matar a Dwigh Parker, el enlace entre la banda de falsificadores y él mismo, había sido pues una buena idea. ¿Iban siquiera a sospechar la verdad los hombres que volvieran a buscarlo con el encargo de que grabara nuevamente un par de planchas? No y mil veces no. Por lo tanto, él se limitaría a decirles que sí, que trabajaría por segunda vez para ellos, pero que los acontecimientos de Salina y Kansas City aumentaban el riesgo y subían, en consecuencia, el precio de su tarea.

Ciento cincuenta mil dólares sería su nuevo precio. No podían hacer otra cosa que aceptarlo.

Se limitaría a dejar pasar el tiempo previsto y a entregarles las mismas planchas que iba a recuperar aquella noche. Lo que haría un precio real de doscientos cincuenta mil por las únicas planchas existentes.

El no corría ningún riesgo ni ahora ni después, cuando saliera a la calle para realizar la última parte de su plan. En el hotel no podrían sospechar de él puesto que ya estaba instalado antes de que ocurriera lo que relataban los diarios. Por otra parte, su herida del hombro quedaba perfectamente oculta bajo la chaqueta. Y tuvo buen cuidado de regresar al hotel de Salina a una hora de la madrugada en que el conserje de noche dormía profundamente y no pudo verle entrar. Su viaje constituyó una odisea y pudo solucionarlo gracias a la avidez de dinero que demostró un conductor de un camión de transporte.

Estaba anocheciendo cuando el asesino de Dwigh Parker se hizo la última cura, poniéndose nuevo vendaje cuidando mucho de que éste no se notara a través de la chaqueta. La herida no afectaba para nada al hueso y podría aguantar perfectamente veinticuatro horas más, hasta que llegara a presencia del médico en quién tenía la suficiente confianza para no ser delatado.

Después de la cura, el criminal tomó el último trago de «*whisky*», revisó su revólver y salió a la calle.

Era ya de noche y se dirigió hacia la primera parada de taxis. Tomó uno y ordenó le llevara a Franklin Street, cerca ésta del lugar a donde se dirigía.

Desde aquella calle, andando, se acercó a la zona donde se hallaba el hotelito de los Bruce.

Cuando llegó a la calle del chalet todo estaba perfectamente tranquilo a su alrededor.

Pasó un par de veces ante el lugar exacto que le revelara Velma la noche antes. Quería estar completamente seguro de que nadie podría sorprenderle cuando sacara las planchas del escondite donde las guardara la joven.

No halló un solo detalle que pudiera despertar su recelo. Aquel barrio era muy tranquilo y sus habitantes debían de estar oyendo la televisión.

El pensamiento le hizo acordarse de lo que había leído en los periódicos sobre mister Bruce.

Nuevamente tuvo ganas de soltar la carcajada, al darse cuenta de lo cerca que había estado de perderlo todo, a manos de la Ley, por culpa de un hombre que se tragaba los seriales policíacos.

Retrocedió hacia el trozo de tierra desnuda que se abría entre varios cuadros de verdor formados por los jardines de los chalets.

Por última vez miró hacia sus espaldas. Nadie en la calle. Nadie en ningún sitio que estuviera a la vista.

Sus pies pisaron el pequeño descampado. A unas treinta yardas escasas estaba el hotelito de los Bruce.

Velma Bruce aseguró que había escondido las planchas junto a la tapia contraria a la calle, debajo de una caseta de perro desechada hacía tiempo por su dueño al que se le murió el can.

Una sonrisa se dibujó en los labios del criminal al acercarse al sitio descrito por la joven. Allí estaba, en efecto, la tapia. Y, debajo de ella, la caseta del perro muerto.

Ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás. Sus pasos eran los únicos que habían sonado sobre el solar mientras lo atravesaba.

Se arrodilló ante la caseta de madera para desplazarla. Debajo debía encontrar las planchas.

Cuando metía la mano izquierda bajo la caseta, la mano del

hombre ileso, sintió que la sangre se helaba en sus venas. Una voz había sonado sobre él desde lo alto de la tapia. Una voz conminándole a que levantara los brazos.

Al volver la cabeza, con una mueca de estupor y de intensa rabia en la boca, vio que un hombre se erguía en lo alto de la tapia. Empuñando una imponente «Lugger».

Era Ralph Sasso y le estaba esperando.

FIN

*...aíses cuya tradición
era más fuerte que la
propia vida y que la
guerra desgarró y tri-
turo' entre sus asesi-
nas garras.*

*...ombres que defen-
dían un ideal más allá
del heroísmo y de la
muerte.*

FR



PATRULLA de COMBATE

*Páginas vibrantes
de los más sublimes
sacrificios.*

ROLLAN - Madrid

EDITORIAL ROLLAN

Siete pesetas

